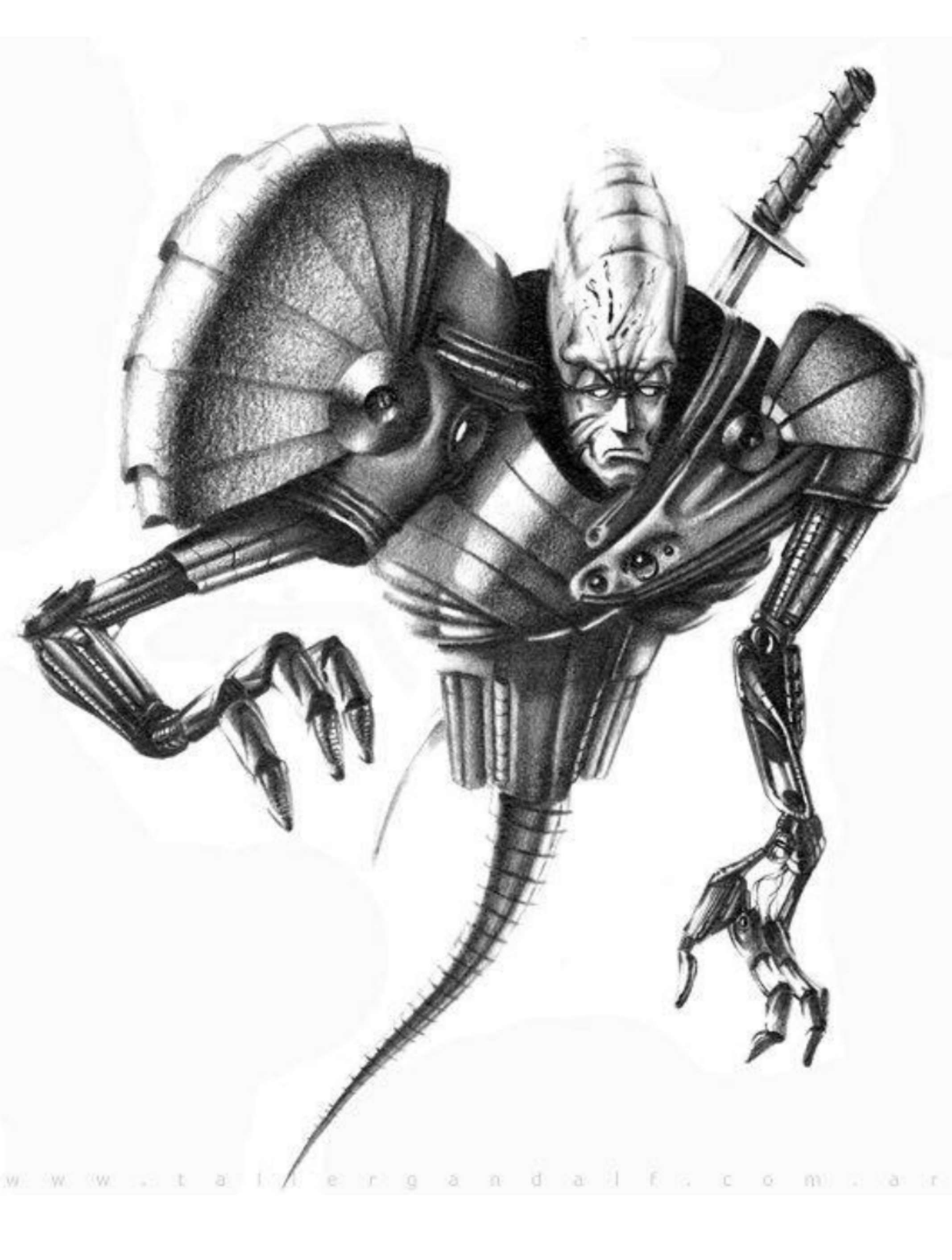

www.tallergandalf.com.ar

Axxón 126, mayo de 2003

Editorial - Axxón 126



Este es un espacio en el que me encuentro cada mes con los lectores (sí, es una obviedad). Lo que quiero decir es, para que se me entienda, que cuando llega el momento **tengo** que escribir algo, digamos entre el día veintinueve o treinta y los últimos minutos antes del cierre del número. Es muy posible que, debido a las circunstancias que vive el mundo y las novedades que se presentan todos los días, sean sociales o científicas, yo tenga algo que decir en ese (este) momento.

Sin embargo, no debo negar que a veces se me hace difícil elegir un tema y también, aunque lo tenga, desarrollarlo como se debe… Mi mente no es una máquina.

Hay ocasiones en que el deseo de dar una opinión a los lectores o enviarles un mensaje se me presenta en otro momento, y de alguna manera estoy vedado de escribirlo a causa de este mecanismo de regularidad mensual que tanto hemos respetado. De lo dicho surgen, para mí, dos cosas: primero, no debería escribir un texto aquí por obligación, ya que tengo la sensación que algunos lectores esperan leer esto cada mes y no me gusta defraudarlos, y, segundo, lo más importante, que a pesar de que nos “disfrazamos” de revista en realidad estamos en un nuevo medio y esta limitación de la mensualidad que me inquieta, y que acabo de plantear, en verdad es una obligación, un ritmo y una costumbre que nos hemos impuesto casi como cosa ritual.

Recapacitando sobre esto, me parece que si uno se expresa desde aquí aferrándose a costumbres y reglas que se establecieron desde las necesidades de la imprenta y el papel, pronto va a parecer que tiene las neuronas tapadas de telarañas. La verdad es que ya muchas veces he pensado en establecer otro mecanismo de comunicación editorial, sin una regularidad fija, y probablemente con separaciones más breves, aunque sí con una obligatoriedad de un mínimo mensual.

Tengo que pensar cómo hacerlo, porque es otra medida que parece tender —como algunas anteriores— a desmembrar la revista;

quienes me han mandado cartas cuestionando por qué no incluyo **Zapping** o **Noticias** en la revista saben a qué me refiero.

Parece, cada vez más, que la revista se desviste y que los platos fuertes van pasando a la página web. Bueno, en un sentido básico, y midiéndolo con un criterio conservador, se puede creer que es así. Yo creo que la publicación de Axxón, tal como se está haciendo, ya no es una revista sino que **es un sitio web**, que esta forma de llevar el sitio web es una forma nueva de editar y que, de hecho, basta con ver las estadísticas de acceso para darse cuenta de que está funcionando. Lo que era la revista ahora es una parte, sólo una parte, de algo más grande. No veo por qué haya que respetar las formas y los métodos de las revistas editadas e impresas en papel, primero porque Internet es un medio más ágil y absolutamente diferente y segundo porque las revistas de CF en papel, por lo menos en Argentina, no han funcionado.

Ya ven como analizando esto he terminado escribiendo un Editorial bastante aceptable. Y el análisis me hizo entender que, aunque no parezca, estuve tratando un tema de la CF, porque hablamos de la mutación de las formas de comunicación. Yo recuerdo muy bien que esperaba con gran ansiedad la aparición de un nuevo número de *El Péndulo*, por dar un ejemplo, o, antes de eso la llegada de *Nueva Dimensión* a la Argentina, que pocas veces llegó con regularidad y tendía a desaparecer por meses para luego presentarse en grandes paquetes. Lo mismo me pasaba con la publicación de libros de la colección *Minotauro*… Había períodos de vacío muy terribles. Hoy se puede ingresar a Internet día a día y obtener un contenido nuevo cada vez. No creo que sea poca cosa. Y creo que los sitios que no se esfuercen por adquirir estos ritmos poco a poco lo irán sintiendo en sus visitas.

He querido que Axxón siga siendo una revista de vanguardia. Lo fue desde un primer momento por razones técnicas —y por eso aparecimos como noticia en los medios más importantes de Argentina e incluso de España—, pero nunca, creo yo, descuidamos el contenido. Y lo que más busco, y trabajo para eso, es que no se trate de un contenido de puro entretenimiento, aunque sí debe entretener. Respeto la parte de la revista —y seguirá allí— como medio de presentación de la literatura y el arte. Las noticias, en cambio, son tan volátiles y tan veloces que ya no creo que tenga mucho sentido juntarlas para presentarlas en bloque, ni siquiera a un ritmo semanal. Mucho menos mensual. Creo firmemente que deben aparecer día a día. Más o menos lo mismo (con menos volatilidad, obviamente, y a un ritmo digamos bisemanal) pasa con la divulgación.

Sé que algunos lectores no ingresan día a día sino cada tanto, y entonces buscan a ver qué material hay. Sé, también, que cuando es así les debe costar ponerse al día y no perder algo que les hubiese gustado ver. A veces me parece que ejercemos una presión excesiva; muchas más veces, creo que no.

Me gustaría saber qué opinan los lectores.

Eduardo J. Carletti, 1 de mayo de 2003
ecarletti@axxon.com.ar

Correo 126

mayo de 2003

Miércoles 2 de Abril de 2003
(Editorial del número de Abril)

Saludos desde España una vez más, y enhorabuena, Eduardo, por saber mostrar de un modo tan elegante lo que todos nosotros pensamos.

Muy buen trabajo. Lástima que los gobernantes de la nación poderosa, al igual que los de las que le siguen (entre las que se cuenta, vergüenza, mi propio país) no sepan leer. Porque esta guerra ha sido narrada con anticipación por los autores de anticipación, rechazados por la crítica y los círculos cultos de los que se alimentan esos poderosos, desde hace más de 70 años.

¿Nadie recuerda lo que le ocurrió al Imperio tras bombardear Alderaan con una enorme bomba inteligente? ¿Consiguieron liberar al universo de ese grupo de fanáticos terroristas rebeldes?

Víctor Manuel Ánchel Estebas
España

A mí también me gustó mucho escribir eso. A lo mejor le hice pensar sobre el tema a alguien que no lo sentía así... Y eso sería un granito de arena para frenar el océano, ¿no?

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los “Listeros” mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano...

Eduardo J. Carletti
ecarletti@axxon.com.ar

Galería de Arte

Luis Di Donna

Luis Di Donna dibuja desde siempre y en el camino aprendió otras cosas, desde diseño gráfico hasta animación 3D. Junto con Mariana Sciannameo crea y regentea el Taller de Artes Gandalf, donde además enseñan plástica, arte digital y algunas cosas más. Además da clases de informática en una escuela del estado cuya web (hecha por los pequeños psicópatas) pueden y deben visitar acá (vale la pena).



 Escribir al autor
Página del autor

Los gatos más grandes

Laura Nuñez

Deserts are there, and different skies,
And night with different stars.
They prowl the aromatic hill,
And mate as fiercely as they kill.
…
But this beyond their wit know I:
Man loves a little and for long shall die.
The greater cats, Victoria Sackville-West.
Hay desiertos y diferentes cielos
Y noches con diferentes estrellas.
Rondan por las montañas aromáticas;
Con igual ferocidad matan y se acoplan.
…
Pero más allá de su entendimiento esto sé yo:
El hombre quiere un poco y morirá por mucho tiempo.
(traducción de Silvina Ocampo)

Mientras la veía bajar de la plataforma descubrí que la amaba. Me sorprendió la nitidez del sentimiento, de la misma manera que aún ahora me sorprende, más de diez años más tarde, más de noventa años después. Era la primera vez que nuestros caminos se cruzaban.

Sus movimientos eran ágiles y felinos, e imaginé que sus ojos serían dorados como el cobre que no ha sido pulido. Extendí mi brazo para ayudarla a bajar y, en silencio, le di un nombre; uno que sólo yo supiera: mi Estrella del Norte. Sus ojos no eran dorados, pero eran claros y curiosos y me agradecieron la ayuda. El regreso de los transportes siempre es difícil, y los monitores mostraban que el suyo había sido un extenso viaje. Traía puesta una túnica suelta cuya procedencia no alcancé a reconocer. Parecía algo del Cuadrante Uno. No podía precisar la época. La mascarilla debió haberme dado la pista, pero perdido como estaba en sus movimientos y en sus ojos, lo ignoré. No intenté contenerme, la vida es corta y quería que ella estuviera ahí a mi regreso, necesitaba alguien que esperara por mí durante aquellos dos años.

—Tus ojos me recuerdan el desierto, y otros cielos, y noches con estrellas diferentes —le dije, mientras guardaba su nombre

secreto en mi memoria.

Quitó la mascarilla de su cara y se detuvo a mi lado, en la base de la plataforma. Su rostro tenía rasgos felinos y las pupilas eran una línea oscura que atravesaba sus ojos de arriba a abajo. Cuando habló pude ver los caninos, suavemente destacados.

—La fuerza es eterna para ellos, y gobiernan el terror de la noche —me dijo, indicándome que conocía el viejo poema.

Sonrió y apretó mi mano en la suya y grabó su contorno en mi pecho, mientras me daba un beso suave y dulce que me permitió recorrer los contornos filosos de sus caninos. La retuve mientras mis pies subían mecánicamente el primer escalón de la plataforma. Soltándola, cubrí los últimos, mientras le avisaba a Casals que ya me encontraba preparado para la partida.

—Me llamo Víctor —le dije a ella, mientras Casals iniciaba la transferencia.

Mi corazón intentaba abrirse paso entre mis costillas para saltar a su encuentro. Cómo hubiese querido seguirlo.

—Te espero hasta que vuelvas —me respondió, mientras la plataforma desaparecía de mi vista.

Mi regreso estaba programado para unos cinco minutos más tarde. Para ella y Casals, claro. Para mí serían dos años como diplomático en un planeta del Cuadrante Dos. Mi Estrella Polar, esperándome a dos años de distancia.

Ella seguramente estaría regresando de un viaje a alguno de los futuros en el Cuadrante Uno; algún mundo con un nivel elevado de contaminación, a suponer por la mascarilla. La zona era próspera y pocas limitaciones había para los viajeros. Alguien como ella podía calificar para las trasferencias hacia allí sin problemas. Cuadrante Uno no es un lugar geográfico, sino nuestra denominación para una estructura social similar a la nuestra, de una relativa permisividad en cuanto a las costumbres. Otros mundos mantienen otras clasificaciones, más complejas o más simples. Podría explicarlo con las palabras sencillas y certeras que Casals me dijo alguna vez: —Todo vale en el Cuadrante Uno.

Yo, como un humano sin modificaciones perceptibles, tenía menos limitaciones para los viajes, con lo cual era común que me enviaran en misión diplomática a mundos del Cuadrantes Tres o algunas veces hasta a las sociedades oscurantistas del Cuadrante Cuatro.

El mundo al que me habían destinado esta vez tenía una cultura isleña y sus avances tecnológicos más importantes eran los relacionados con los recursos submarinos, desde la ingeniería de sus construcciones subacuáticas, pasando por los minerales que explotaban de sus océanos, hasta los cultivos, extensos invernaderos en el fondo del mar. Las ciudades submarinas eran joyas cinceladas en la materia de los mares de Ipsha. Por supuesto, me enamoré de una sirena encantadora: Ariel y yo exploramos juntos los restos sumergidos de algunas ciudades que harían palidecer a nuestra legendaria Atlántida. Juntos también exploramos otras áreas que —tal vez— hubieran hecho empalidecer a mi abuela. Pero, cada vez que levantaba mi mirada del océano en la noche, me encontraba con los ojos de mi Estrella del Norte. Y solo podía abrazar más fuerte a mi sirena, esperando que los días en Ipsha se terminaran. Tenía en mi pecho grabada a fuego su silueta y mi corazón lloraba por las noches, pidiéndome que volviera. Era un sentimental incurable y, ya ven, aún hoy no encuentro el remedio.

Y el día llegó y me dirigí a la plataforma de transferencias para el regreso, acompañado por Ariel. No le pedí que viniera conmigo, y ella tampoco lo ofreció. Me dio un beso de despedida y una caracola vacía, para que no la olvidara, me dijo. Salté y abracé a todas las estrellas del universo, hasta llegar a casa.

Lo primero que vi, cuando mis sentidos se acostumbraron a la plataforma, fue a mi Estrella, parada junto a Casals. No había cambiado nada. Para ella, claro, solamente habrían pasado unos minutos desde mi partida. Se acercó y me ayudó a descender de la plataforma. Me tomó de la cintura, sosteniéndome, mientras Casals traía un vaso de agua con las pastillas.

—Gracias —miré sus ojos felinos.

—Elena.

Casi hubiera esperado que dijera que su nombre era Estrella. Pero no me desilusionó. Era una bella chica, con sus caderas afiladas y una sombra de vello facial que parecía tan suave como el pelo en su cuerpo, largo y sedoso.

—Tenés el pelo más largo y más claro —me dijo, pasando su mano por mi pelo.

—El mar —le respondí—. Dos años en una de las ciudades submarinas de Ipsha. No quiero volver a nadar por un buen tiempo. Pero era hermoso; la ciudad estaba cerca de la costa y el atardecer podía verse desde la plataforma donde vivía. Una chica me regaló

esto para que no la olvidara.

Alcé la caracola y Elena la tomó de mis manos. Me miró y dijo:

—Todavía tenés el mar en los ojos.

Nos quedamos los tres en silencio por un momento: Casal revisando sus mediciones, Elena escuchando el sonido de los océanos de Ipsha en la caracola y yo pensando en Ipsha, y antes en Pfhiar, y en las selvas de Tekka, y en los hielos eternos de Wedschausffar, y en Terra, donde nací y que no veía, más allá de este castillo helado en el medio de la nada, desde hacía quince años, o tres meses.

Todo el universo a nuestro alcance, eso decían de los viajeros. Y era cierto. Minutos, días o años, en los lugares más bellos, o más extraños. O riesgosos. Los terremotos en Keinatón. Las revueltas en Tieri (los nativos pronuncian Tiewri, y la ere es de un sonido tan suave que casi se adivina).

La vida termina, más temprano o más tarde, para los estacionarios y para nosotros también, pero la misma cantidad de granos de arena cae para todos en el conteo del tiempo de nuestras vidas. Años más, años menos. Lo que importaba, al menos para mí, y al menos en esa época, eran las visiones. Cada viaje era una joya que guardaba en el reluciente arcón de mis memorias. Las estrellas, los planetas, la gente. Todo me hablaba en esa época, con voces múltiples y diferentes. Aún ahora me hablan, pero me dicen casi siempre lo que espero escuchar.

—¿Todo estuvo bien, entonces? —me preguntó Casals, revisando su monitor.

No le respondí, ya lo vería en la bio. La pregunta era una vieja broma nuestra. ¿Cómo explicar los sucesos de dos años en una respuesta intrascendente, hecha para no ser escuchada? Además, tuve miedo de romper el hechizo de esos ojos felinos que, increíbles y reales al mismo tiempo, me miraban.



Tomé su mano, y levantándome de la silla, la tomé de la cintura. Ella llevaba una ropa distinta a la que yo recordaba, unos pantalones cortos y sueltos. La túnica estaba en el piso, a un costado de la plataforma. Su torso estaba cubierto de un pelaje tan suave como lo había imaginado a veces en las noches de Ipsha. Mi anhelo durante las noches, y los días, de esos dos años había sido volver a sentir el roce de su cuerpo. Aquí estaba. Su silueta acoplaba perfectamente con la marca que había dejado en mi recuerdo. Mi corazón saltó hacia ella, y ya no volví a recuperarlo jamás.

Casals volvió a la carga.

—Terminó mi turno, ¿están muy cansados o vienen conmigo al bar?

Juraría que mientras salíamos de la plataforma la oí ronronear.

Estuvimos en el bar, mirando las montañas lejanas a través de los ventanales. Afuera era invierno y nevaba. Adentro, en este edificio helado alrededor del cual planean los cóndores en los días de buen tiempo, siempre es verano. Hablamos y hablamos durante varias horas. Yo estaba cansado, pero no me importaba. Escucharla, y conocer qué era lo que se ocultaba detrás de esos movimientos líquidos y esos ojos de trigo transparente, era algo mágico.

Ella era del tipo de viajero despreocupado, libre e insolente que, en algún otro tiempo, algunos hubieran catalogado de cínico. Pero no me confundía, no había en los ecos de sus palabras la amargura que da ese giro irónico a los pensamientos de una buena parte de los viajeros. Escucharla era observar a un gran felino, un tigre corriendo como el viento a través de una estepa. Sus palabras simplemente eran y contaban de las cosas que había vivido, tal y cómo habían sucedido, con la seguridad de que seguirían ocurriendo. Aventuras sobre las que en otro tiempo se hubieran escrito cantos, y que aún en estos tiempos extraños le daban a los estacionarios nuevos héroes. Unos que cambiaban el acceso a otras civilizaciones por vidas brevísimas en la cuenta de sus años.

Nos contaba de una cacería con los nativos de Áizur, después de interminables correrías en los desiertos del planeta. Había abatido a la presa, ayudada por dos cazadores nativos. El rito involucraba que los matadores comieran parte de las vísceras del animal al pie de la pieza, hasta saciar su hambre. Luego, no podrían comer nada más del animal que habían ultimado y debían cederlo al resto de los cazadores. Después de dos días de ayuno y casi diez de comidas irregulares, ella estaba más que feliz de completar el rito.

Una de las espinas envenenadas de la coraza protectora de la bestia la había herido.

El veneno era mortal y, para los nativos, señalaba el toque de sus dioses sobre el Cazador, una figura mítica de sus leyendas. Alucinó durante dos días que era un gran predador cazando en el desierto, alimentándose de la carne de unos ciervos blancos que viajaban en manada por la sabana. Flores antiguas nacían entre las piedras que pisaba con sus garras. Su organismo modificado la salvó.

La violencia de su relato me había inquietado. Se sentía inmortal, podía verlo en sus ojos y en los movimientos de sus manos mientras describía la cacería. Quizás lo fuera. Sonreí y la amé todavía más. Y deseé protegerla, aunque supe que jamás sería mía. Éramos de mundos distintos y nos separaba un abismo quizás mayor que el que se abría entre los viajeros y los estacionarios.

Ya me había dicho que conocía el poema, y decidí jugar mi carta.

—El amor de los hombres es pasajero, así como la muerte es larga —le dije.

—Los tigres viven mil años, ¿no lo sabías? Y son tan feroces en su amor como cuando matan a sus presas.

Y se rió con una carcajada plena y fresca como el agua de una cascada cayendo desde una pared de roca en la montaña. Casals casi no había intervenido en la conversación, pero sonreía y me miraba, un poco cómplice y un poco descreído de que pudiera ganarme a esta chica. Hubo un par de miradas entre mi Estrella Polar y yo que terminaron por convencerlo. Lo dejamos bien entrada la noche; un viento fuerte del sur había despejado el cielo y la luna asomaba entre los picos lejanos, rodeada por un círculo de frío. El círculo se cerró esa noche y mis dos años de espera terminaron.

La seguí esa semana, todos los días y todas las noches, mientras ella me dejara. A veces desaparecía de improviso, aún cuando la tenía a mi lado. Más tarde la encontraba en el bar o en sus habitaciones, o en las mías. Fue una semana intensa que atesoro como una gema preciosa entre mis recuerdos, un tiempo en el que quise creer que yo también era inmortal. Pero las llamadas intermitentes de mi familia, mis padres desde Europa y mis hermanos desde Australia, me mantuvieron pegado a la realidad. No los veía desde hacía quince años. Para ellos mi partida había ocurrido unos pocos meses atrás. Me veían como un hombre joven y sin embargo yo me había ido de casa apenas un adolescente. Tres

meses para ellos, más que una vida para mí.

Todo era tan subjetivo, y a veces me parecía que ellos eran los verdaderos inmortales, tan ajenos a mí y más lejanos que los habitantes de los planetas que visitaba en mis viajes. Les había mandado por correo algunos recuerdos y eso me hacía pensar que, de alguna manera, no estábamos tan lejos. Con esas pequeñas chucherías intentaba cruzar un espacio que yo mismo no iba a atravesar en mucho tiempo.

Los amigos que Elena frecuentaba eran bastante diferentes de los de mí círculo, entre los que se contaba Casals, más estacionario que viajero; algunos otros diplomáticos y aún unos pocos comerciantes. Su gente era de una naturaleza totalmente distinta. Eran jóvenes y en sus miradas se adivinaba la profundidad del universo, y las múltiples vidas que habían encarado en cada mundo que visitaran. Sus misiones eran, en general, breves. Estaban los que viajaban también por turismo, o por la curiosidad que otras culturas les despertaban. A veces andaban en grupo, a veces vagabundeaban solos; eran de los pocos que salían al exterior del edificio durante el crudo invierno e iniciaban cada tanto travesías hasta las montañas que se veían en el horizonte.

Los trajes térmicos protegerían al cuerpo del frío; pero las extensiones heladas, el desierto de nieve y los glaciares que rodeaban las montañas herían el alma y la mente. Ellos eran jóvenes y fuertes y eso no les importaba. O no verían en ese desierto lo que yo veía, un reflejo de mi propia vida; extensa, infinita, desierta. Aún hoy me cuesta comprenderlos, viéndolos todavía: a aquellos con los ojos de mi memoria; y, frente a mi ventana, a los que hoy compiten en majestuosidad con los cóndores. Pasan ahora delante de mis ojos de viejo, sobrevolando con sus planeadores la torre helada, diez años más tarde, noventa años después.

La perdí en uno de esos vuelos. Desde la terraza del edificio, única estructura en cientos de kilómetros a la redonda que rivalizaba en altura con las montañas lejanas, sus amigos descendían en planeadores o trajes de vuelo autónomos hasta la planicie desértica que en invierno se cubría de nieve. Los vientos implacables hacían del descenso una actividad riesgosa que ellos disfrutaban intensamente. Entre los anillos de las barreras de energía, alrededor de los pisos de transporte, los trajes brillantes de los voladores desafiaban las leyes de gravedad en giros imposibles y transformaban cada vuelo en un espectáculo visual.

Yo quería hacerla feliz, y me pidió que saltara con ella desde

la terraza. El mayor riesgo, utilizando los campos de protección, era de un aterrizaje agitado y algún magullón de poca importancia. Decidimos que saltaríamos con los trajes de vuelo, en vez de usar los planeadores.

—Vas a sentirte como un cóndor —me dijo mientras los probábamos y el técnico me explicaba cómo sería el aterrizaje.

El sistema de guía del traje se encargaría de llevarme hacía la plataforma. Yo tendría un grado de maniobrabilidad limitado, pero me entusiasmé pensando que quizás podría intentar alguna de las acrobacias que había visto. Cerca de la plataforma, el aterrizaje era amortiguado por un campo de resistencia poco denso y entrar en él sería como nadar bajo el agua. Pocas cosas han cambiado en estos diez años en el sistema de vuelo. Excepto, quizás, que yo he cambiado y ya no me atrevería a saltar. Que tengo noventa años más y soy más cauteloso con mis entusiasmos; pero eso me lo enseñó el tiempo, no mi Estrella del Norte. En ese momento ardíamos con más luz que la que daban por las noches los campos de energía alrededor del edificio.

Cuando me sostuve colgando de la barra, balanceándome al costado del edificio gigantesco con las alas del traje desplegadas, me sentí inmortal. Me sentí omnipotente, un cóndor o un águila. Mi Estrella del Norte a mi lado, riéndose a carcajadas. El viento se frenaba alrededor del campo y, en el momento en el que decidí soltarme, sentí cómo el silencio absoluto se materializaba frente a mis ojos en el paisaje desértico de la planicie (aún me acuerdo del exacto momento en que perdí el contacto con la saliente del edificio, el silencio vuelve a rodearme y el recuerdo me asalta los brazos y no puedo evitar abrir las manos, como si ahora mismo repitiese la caída).

Una eternidad de distancia me separaba de la tierra. Las alas se movieron con voluntad propia y luché para mantenerme suspendido unos momentos, esperando por ella.

Elena brillaba. El campo de protección del traje reverberaba la luz del sol y despedía una miríada de pequeños haces de luz a su alrededor. En ese momento creí en el amor y renuncié a la muerte.

Mientras pasaba a mi lado me gritó, a la vez que sus alas se desplegaban.

—Vine de ninguna parte y seré siempre fuerte, veloz, eterna…

Vi cómo apagaba el campo de seguridad, pero no me preocupé por ella. Éramos jóvenes espíritus del viento y la fuerte corriente revolvía su pelaje en la caída, dándome la impresión de

que realmente estaba volando por voluntad propia, que ella era la que guiaba la voluntad del viento. Cruzamos nuestras trayectorias varias veces, casi rozándonos las manos. Se dirigió hacia el edificio y, cuando empezó con los giros cerrados sobre los anillos de energía, ya no pude seguirla. Simplemente me dejé llevar, intentando retrasar el acercamiento a la plataforma. Miré hacia las montañas y luego busqué a mi alrededor otros voladores.

Había dos cóndores, uno de ellos descansaba en una de las salientes del edificio, indiferente a la cercanía de los anillos de energía y de los intrusos humanos. El otro giraba en círculos amplios, con sus alas extendidas, mirando hacía la planicie en busca de alimento. Ambos eran majestuosos. Sobrevolé la saliente y pronto me encontré sobre el que volaba. Me imaginé que mi propia sombra se proyectaría en el suelo, a cientos de metros por debajo de nosotros, cercana a la suya. Un caminante solitario no podría distinguir una de la otra. Mirando hacía arriba vería sólo a dos grandes predadores, trazando círculos lentos como signos en el cielo. Y sentiría miedo del significado de esos signos. Grité, o canté, no lo recuerdo. El cóndor voló más alto y tampoco a él pude seguirlo.



Y, siguiendo con la mirada al cóndor, la encontré a ella. Estaba suspendida en el aire, sustentada por el choque del viento contra sus alas. Era una nota de música, sostenida a través del tiempo. Y el tiempo se detuvo, y mi corazón se congeló entre dos latidos. Elena plegó sus alas y se dejó caer en picada, cabeza abajo, con los ojos cerrados y los brazos rectos a los costados del cuerpo. Me quedé quieto, mirándola caer, sin poder hacer nada más que admirar la belleza terrible de su caída. Pasó a mi lado sin verme. Supuse que a la velocidad que iba no demoraría más que algunos segundos en llegar al suelo. Intenté seguirla, aunque la idea de su destrucción me pareció inevitable.

La intensidad en la expresión de su rostro me fascinaba. En todos estos años no he visto tal goce reflejado en una expresión, o no he querido volver a verlo. Si el viento tuviera un rostro que reflejara su

espíritu, sería el de Elena mientras caía. Pero unos cientos de metros antes de llegar a la plataforma maniobró, separando los brazos del cuerpo mientras abría lentamente las alas del traje. Su caída se transformó en una curva ascendente que la ubicó en una línea paralela al suelo, reduciendo su velocidad. Terminó sumergiéndose suavemente en la plataforma y aterrizando en una carrera lenta, frenada por la densidad del campo de protección. Me hubiera gustado que sus ojos me buscaran en ese momento, pero no lo hicieron. Dejó el equipo de vuelo en el hangar y, mientras yo completaba mi descenso, la vi volver al edificio en un jeep. Más tarde, cuando regresé a buscarla, Casals me contó que Elena había salido en otro viaje al Cuadrante Uno, sin fecha prevista de regreso.

Ella tiene ahora unos pocos años más que entonces. Más de noventa han pasado para mí. Ambos hemos vivido intensamente, creo, pero en diferentes mundos, y los mares del tiempo y los abismos del espacio nos han separado ya definitivamente. Pero mi corazón y mis ojos aún buscan en la noche el recuerdo de mi Estrella del Norte. Quisiera haber quedado ciego ese mismo día, en el que me creí inmortal como los tigres y los cóndores salvajes.

Laura Nuñez

Laura es argentina, vive en el barrio de Palermo, de la ciudad de Buenos Aires. Es experta en Seguridad Informática. Explora en este cuento la magia y la sensualidad que vemos en los grandes felinos, con un hermoso lenguaje y con un clima que recuerda, en algunos momentos, al gran maestro Cordwainer Smith, un gran amante de los gatos.

Axxón 126 - mayo de 2003
Ilustró: Luis Di Donna

Pandora, gata tortuga

Marcelo Dos Santos

El pasado seis de mayo un auto atropelló y mató a Gandalf, nuestro hermoso gatito más pequeño, que así abandonó este mundo a la tierna edad de seis meses y seis días.

Buscando ahogar el dolor, especialmente de mis hijos menores, alguien nos regaló una gatita de dos meses, desnutrida y convertida en un verdadero criadero de pulgas.

La aceptamos de inmediato. La bautizamos Pandora. La cuidamos, la desparasitamos (por dentro y por fuera), la alimentamos y criamos.

Y ahí anda, bien, gracias. Es una verdadera preciosura que llama la atención de todos quienes la ven.



Persa tortuga arlequín estilo Pandora

Pandora es lo que se llama "gata tricolor" y que se conoce técnicamente como "gatas tortuga".

Crío gatos desde hace más de treinta años, y, como todos los que se han dedicado a eso profesionalmente o por puro placer, conocía desde siempre el extraño fenómeno de los gatos blancos con ojos azules, que **siempre** son sordos.

Los gatos (y gatas) blancos de ojos azules son **siempre** sordos (digan lo que digan los que no entienden de genética) por la sencilla razón de que los genes recesivos que determinan el pelaje blanco y los ojos celestes se ubican en el mismo cromosoma y en el locus (ubicación) contiguo al que aloja el gen de la sordera congénita. Para que el gato sea blanco y de ojos azules se necesitan dos de tales genes en el mismo par (es decir que el gato sea homocigota para tal característica). El problema es que si esto es así, también será homocigota para la sordera congénita, porque junto con el blanco y

el azul se transmite la sordera.

La injusticia popular llama a las gatas blancas de ojos azules “malas madres” porque normalmente dejan morir de hambre a sus gatitos sin intentar amamantarlos. Fácil es comprender que, al ser sordas, no escuchan el reclamo alimentario de los hijitos.

Para ahondar más en el tema, diremos que la asociación entre el gen W, que enmascara los demás colores y motivos del pelaje, dejando expresarse sólo al blanco puro, y su gen contiguo, comporta, si está presente el gen para ojos azules, una grave degeneración de la cóclea auditiva y una total atrofia del órgano de Corti a nivel del oído interno.

Esta asociación maligna es tan fuerte, que en los gatos blancos que tienen un ojo azul y el otro de cualquier otro color (gatos zarcos) el oído que corresponde al lado del ojo azul está atrofiado, y el gato será sordo de ese oído.

Ya lo sé, alguien dirá que conoce un gato blanco de ojos naranja que es sordo. Es verdad. Tal fenómeno es rarísimo, y no está asociado a la herencia de los genes que describo.

Si alguna vez le ha llamado la atención esta afirmación: “Todos los gatos blancos de ojos azules son sordos”, sin duda también ha meditado acerca de la otra: “Todos los gatos de tres colores son hembras”. Ambos hechos son ciertos. A lo largo de este artículo trataré de explicar las extrañas y complejas interacciones de genes que, a lo largo de siete mil años, han producido el pelaje de mi pequeña Pandora. Genética del color en los felinos, tal el tema de mi artículo de este número.

Londres, 1871. Crystal Palace, escenario de la primera Exposición Felina de la historia. Grandes faldas y miriñaques, sombrillas lujosas y adustos caballeros británicos de bombín y paraguas recorren lentamente los diversos *stands* donde los criadores exponen sus mejores productos.

De pronto, una dama señala el *stand* de los persas y exclama: “¡El gato francés!”, que así se conocía a los persas por aquella época.

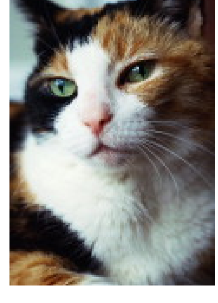
Si usted hubiese presenciado aquella exposición, no hubiera visto ninguna persa tortuga. No porque no las hubiese, sino porque el standard (el “libro” que dice cómo tiene que ser el gato de una raza en particular y los defectos inadmisibles) no había sido establecido, y los criadores no sabían si los jueces permitirían competir a sus gatas de tres colores. Directamente no las llevaban a las exposiciones.

El standard de los persas fue establecido en 1889, y, tal como se

temía, los únicos colores admitidos entonces fueron el blanco, el negro, el azul y el rojo. Las gatas persas tortuga dejaron, pues, de ser persas. Fueron expulsadas de su raza. Se convirtieron en parias genéticos, como los kurdos en Turquía e Irak, los albanokosovares musulmanes en Yugoslavia o los indios quilmes en el imperio incaico.

En 1901, con gran sentido común, los criadores ingleses presionaron para que su patrón nacional de colores, el esquema tabby, fuese aceptado para los persas, y junto con él fueron admitidos de regreso en el standard de su raza los persas humo, chinchilla, bicolores y tortuga. Esto era esencial para la raza, ya que, aparte de en los gatos callejeros (técnicamente conocidos como "europeos"…; sí, el gato callejero pertenece a una raza pura), los persas son la segunda raza donde este esquema es más común.

Mas, preguntará usted: ¿de dónde sale una gata tortuga, persa o no persa?



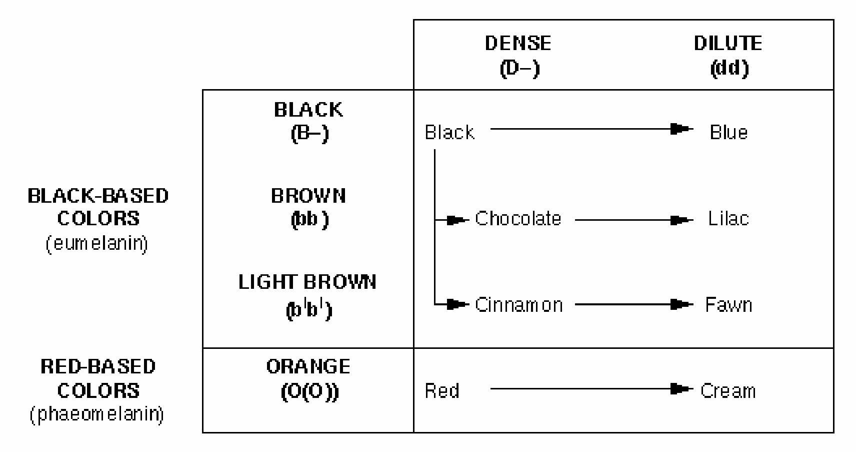
Preciosa interacción del tortuga más el gen W. Las marcas de esta gata son perfectas

Sonrío, porque esa pregunta es muy sencilla de responder: las tortuga nacen del cruce entre un gato negro y una gata roja, un gato rojo y una gata negra, un macho negro y una hembra tortuga, o un gato rojo y una gata tortuga. Sólo existen esas cuatro posibilidades. Como se verá más abajo, la explicación genética de este asunto no es tan fácil de dar.

Sí es sencillo entender por qué el motivo tortuga existe sólo en las hembras. La respuesta es: se trata de lo que en genética se conoce como un "carácter ligado al sexo". Por dar un ejemplo conocido: la hemofilia existe sólo en los hombres. Las mujeres hemofílicas son abortadas durante la gestación. Esto se debe que el gen responsable de la hemofilia se ubica en el cromosoma X, uno de los genes sexuales (el femenino) o gonosomas, no en uno de los pares

comunes (o "autosomas"). Como el gen patológico es recesivo, es decir que el gen normal lo domina y la enfermedad no se expresa, sucede lo siguiente: consideremos que **X** es el gen femenino normal (los dominantes se escriben en mayúscula y los recesivos en minúsculas), **x** el gen de la hemofilia e **Y** es el cromosoma que transmite los genes masculinos. ¿Qué combinaciones son posibles?

1. XY
   : será un hombre que posee un cromosoma femenino normal y uno masculino también normal. Será un hombre sano, incapaz, además, de transmitir el gen mutante a la descendencia.
2. xY
   : Gen patógeno en **x** más una **Y**. Tenemos a un hombre hemofílico (ya que la **x** no tiene una **X** que le impida expresarse). Además, transmitirá la **x** enferma a una parte de sus hijas.
3. XX
   : Mujer normal. No transmite la enfermedad.
4. Xx
   : Mujer normal heterocigota, pero que transmitirá en gen enfermo a la mitad de sus hijos. El hombre hemofílico es hijo de una de estas mujeres.
5. xx
   : Mujer enferma homocigota (los dos **x** están enfermos). Muere antes de nacer, porque esta condición es incompatible con la vida. Si viviera, sería hemofílica, pero al no nacer, no existen mujeres hemofílicas.



Diluciones de eumelanina y feomelanina debidos a la acción del locus D

Pues bien, el patrón tricolor en los gatos es un caracter ligado al sexo, que se transmite en el cromosoma X.

Para mayor claridad, llamaremos **x(t)** al gen para el carácter tricolor, **X** al gen para cualquier otro color, e **Y** al gen para el color del macho, que nunca es tricolor. Como en el caso de la hemofilia, en que el gen normal dominaba al patológico, aquí el no tricolor domina siempre al tricolor, de modo que el tortuga sólo se expresa bajo la forma **x(t)x(t)**.

Es fácil ver que:

1. XX
   será una gata no tricolor,
2. Xx(t)
   será una gata no tricolor que transmitirá el gen tricolor al 50% de sus descendientes,
3. x(t)x(t)
   , gata tricolor que transmite el gen correspondiente a todos sus hijos,
4. XY
   es un gato macho que no es tricolor que no transmite la característica tortuga y que…
5. x(t)Y
   será un gato macho no tricolor que sí la transmite. He aquí a los gatos rojos o negros que tienen hijas tortuga.

Por cierto que lo anterior es una simplificación: en realidad, ese locus para genes del color, presente, como se ha dicho, en el cromosoma sexual X, no tiene un gen “tricolor”. Puede tener un gen rojo o un gen no rojo, y sólo en una gata ambas características pueden estar presentes al mismo tiempo. En rigor, los criadores llaman “tortuga” a las gatas rojas-no rojas, aunque se extiende el término a las gatas que tienen también presente el color blanco, aunque hay un término específico para denominar a éstas.

Una gata rojo-negro sin

blanco (tortuga no arlequín)

Como dato curioso, debo decir que el mismo mecanismo que sirve para producir gatas tortuga se verifica en las gatas azul crema, ya que el azul es una dilución (en blanco) del gen negro (uno de los genes “no rojos”) y el crema es una dilución del rojo (también en blanco).

La genética del color en los gatos es un proceso muy complejo, que no está determinado por un solo locus ni por un solo gen ni aún por un solo par de cromosomas y que, en beneficio de los curiosos o interesados en este fascinante tema, profundizaremos un poco más. Como podrán deducir de mi explicación, la obtención de un color determinado de gatitos por parte de un criador requiere del hombre un 40% de profundos conocimientos genéticos, un 40% de grandioso arte pictórico (trabajando con los colores de la paleta de Dios) y un 20%, sencillamente, de… suerte, porque la transmisión de un carácter depende muchas veces del azar.

El color básico, el más primitivo y el más salvaje de los gatos (descontando el pelaje leopardo de los gatos de la raza **ocicat**, que es una raza de diseño, con un pelaje inventado por el hombre) es el que se transmite por el locus A. Este pelaje (y el locus que lo transmite) se llama A por “agutí”, porque es el color del roedor sudamericano de ese nombre. El salvaje color del agutí es muy común en todos los mamíferos, particularmente en los roedores y más que en los demás en el conejo, ya que es altamente mimético.



Un agutí en cautividad

La presencia del gen del locus A hace que cada pelo no sea de un solo color, sino surcado por bandas transversales negras y amarillas. La punta de cada pelo es negra. Hay dos tipos de pigmentos dérmicos en el patrón agutí: la eumelanina (en las bandas negras) y la feomelanina (en las amarillas). El locus A puede poseer dos alelos (dos genes para la misma característica pero de diferentes

funciones): agutí y no agutí. El primero es dominante sobre el segundo. Si hay dos genes agutí, el gato será agutí. Si hay un agutí y un no agutí, el gato será agutí. La única posibilidad de que el gato no sea agutí es que haya dos alelos recesivos no agutí para ambos locus A.



Un abisinio con patrón agutí. Compárese con la foto anterior

El resultado, si hay un gen dominante en el locus A, será, pues, un agutí, el conocido pelaje atigrado que aquí y en España se llama "gato barcino" (del árabe *barsi*) cuando está compuesto de rojo y blanco.

¿Ha visto de dónde venían los gatos atigrados?

Los colores del pelo (como los de la piel y los ojos) son producidos por un pigmento producido por ciertas células de la piel, conocida como melanina. La melanina de los gatos puede ser de varios colores, y se deposita (o no) en el pelo en crecimiento.

La melanina responsable del pelo negro se llama eumelanina y puede aparecer en forma de gránulos redondos u ovalados. Si el pelo tiene gránulos redondos de eumelanina será negro o pardo oscuro; si los gránulos son ovales el pelo será pardo claro (rojo) o pardo muy claro. Como el lector supondrá con mucha razón, esta configuración está determinada por genes. Son tres alelos que pueden ocupar el locus B (por "black", negro). Se llaman **B**, que es dominante respecto a los otros dos y da pelo negro o seal (lacre, un color rojizo que es negro diluido); **b** (de "brown", marrón) que es recesivo con respecto a **B** y produce pelajes pardos, chocolate y lilas; y **b(l)** (de "light brown", marrón claro) que es recesivo contra **B** y **b** y que da colores más claros como lila y canela.

La dominancia en el locus B queda estructurada de esta forma: **B** es dominante con respecto a **b** y **b(l)**; **b**, dominante con respecto a **b(l)** pero recesivo con respeto a **B**; y, finalmente, el pobre lila o **b(l)**, que es recesivo contra todos los demás. Esto explica la abundancia de los colores más oscuros en relación a los más claros.

Los gránulos de eumelanina pueden estar distribuidos en forma más densa o más dispersa. La densidad de la coloración está determinada pro los alelos del locus D. Bajo la influencia del gen **D**, dominante, estarán distribuidos uniformemente y con alta densidad, lo que producirá gatos de color intenso (negro, chocolate, etc.), mientras que si se expresa el recesivo **d** el animal tendrá los gránulos melánicos en aglomerados heterogéneos, compuestos por gránulos pequeños e irregulares y gránulos grandes, densos y regulares por igual… En estos gatitos, la luz se reflejará de distinta forma: las partes que carecen de pigmento reflejarán la luz blanca, haciendo que el pelaje parezca más claro. A este fenómeno nos referíamos más arriba al mencionar las "diluciones": el azul es una dilución de negro, el crema del rojo, y así al infinito…

Los genes A, B y D son los más fáciles de comprender, en este enrevesado mundo genético de los colores felinos.

Uno de los más complicados, pero muy interesantes, es el gen C, pleno de versiones mutantes que hacen nuestro panorama mucho más fascinante.

El alelo **C**, dominante contra todos los demás, es el gen del color "pleno", "puro o sólido". Esto significa, por ejemplo, que un gato con el gen **B** en el locus del color y un gen **C** en el locus de la intensidad será un gato negro puro, todo él, desde la punta de la nariz hasta la punta de la cola. Negro puro, sin otras marcas ni colores. En mi ejemplo, tendremos una clásica "panterita", los gatos negros de las brujas medievales.

Sus mutantes (recesivos todos en relación a **C**) se llaman (ordenados en orden de dominancia, del más dominante al más recesivo): **c(b)**, **c(s)**, **c(a)** y **c(e)**.

¿Qué determina estos extraños alelos?

Full Color (C–)	Sepia (c^bc^b)	Mink (c^bc^s)	Pointed (c^sc^s)
Black **(B–D–)**	Sable Seal Sepia	Seal Mink Natural Mink	Seal Point
Blue **(B–dd)**	Blue Sepia	Blue Mink	Blue Point
Chocolate **(bbD–)**	Chocolate Sepia Champagne	Chocolate Mink Champagne Mink	Chocolate Point
Lilac **(bbdd)**	Lilac Sepia Platinum	Lilac Mink Platinum Mink	Lilac Point Platinum Point
Cinnamon **(b^lb^lD–)**	Cinnamon Sepia	Cinnamon Mink Honey Mink	Cinnamon Point
Fawn **(b^lb^ldd)**	Fawn Sepia	Fawn Mink	Fawn Point
Red **(D–O(O))**	Red Sepia	Red Mink	Red Point
Cream **(dd O(O))**	Cream Sepia	Cream Mink	Cream Point

Acción completa de los alelos de la serie C

Si dejamos aparte el color pleno **C**, hacen lo siguiente:

c(b) es el gen del pelaje birmano, típico de esta raza: el pleno (por ejemplo negro) se vuelve sepia (lacre o “seal”). Los ojos, naranjas, se despigmentan parcialmente, virando al amarillo claro;

c(s) es el alelo “siamés”. Si usted ha visto un siamés alguna vez, sabrá que tiene un pelaje decolorado en todo el cuerpo, excepto lo que los criadores conocen como “puntas”: máscara, orejas, manos, pies, articulaciones, genitales y cola. El color del cuerpo irá del beige claro al blanco hielo y los ojos oscuros se diluirán y se verán celestes o azul intenso. El color general es termosensible: se oscurecerá en el frío y se aclarará en el clima cálido y, además, es sensible al corte: si usted corta el pelo de su gato o se lo afeita, el pelo nuevo crecerá más oscuro que el anterior. La dominancia de **C** sobre **c(b)** y **c(s)** es absoluta: tanto los gatos **CC** como los gatos **Cc(b)** y **Cc(s)** serán negros, y punto. Sin embargo, la dominancia de **c(b)** sobre **c(s)** es incompleta, lo cual quiere decir que un gato **c(b)c(s)** será un gato intermedio, seguramente hijo de un siamés **c(s)c(s)** y de un birmano **c(b)c(b)**. Este gato tendrá un manto de color más intenso que el siamés y las marcas de las puntas aún más oscuras, pero con ojos azules verdosos. Si usted tiene un **c(b)c(s)** en su casa, permítame felicitarlo, porque es el feliz poseedor de lo que se llama un tonquinés.

c(a) es quien sigue en el ranking de genes dominantes de la plenitud de color. Es el gen del albinismo del pelaje, pero no de los iris de los

ojos. Vaya, que hemos vuelto a encontrar a los gatos blancos de ojos azules (y **sordos**). El homocigota **c(a)c(a)** será totalmente blanco, con los ojos completamente azules (y los oídos completamente sordos). Es un alelo rarísimo, que no es completamente recesivo contra **c(b)** y **c(s)**. Un **c(b)c(a)** será un birmano con el pelaje más claro, y un **c(s)c(a)** será un siamés con el pelaje pálido y diluido, o, en otras palabras, serán birmanos o siameses con albinismo incompleto en el manto (**no en los ojos**).

Por último, el más recesivo de todos los alelos mutantes de la familia C es **c(e)**. Se trata del verdadero gen del albinismo completo y total, lo que dará en un gato blanco de ojos rojos. Esta condición, muy común en ratas y conejos, es muy difícil de hallar en los felinos, tanto, que se la llama "excepcional", por ser diez veces más infrecuente que el **c(a)** blanco de ojos azules. El pelo será blanco por ausencia de color, y los ojos, privados de melanina que da su color al iris, dejan translucir la sangre que hay detrás y por eso parecen rojos.

Si observamos un pelo de gato de la base o raíz hasta la punta, veremos que en muchos casos la base es blanca, en una zona más o menos extensa.

Este fenómeno se debe a la acción del gen del locus I (por inhibidor… inhibidor del color en la base de cada pelo, nada menos).

El gen **I** está o no está, por lo que sólo hay mantos **I** o **no I**. Opera de dos maneras diferentes:

Sobre un pelo normal, uniforme y de un único color (negro, azul o rojo), **I** produce una zona blanca en la base.

Sobre un pelo agutí (de base amarillenta, bandas alternadas amarillas y negras y punta negra), la presencia de **I** simplemente suprime todo lo amarillo, dejando un pelo blanco con algunas bandas negras transversales.

En pocas palabras: sobre un manto no agutí, de color uniforme, el gen **I** producirá mantos "smoke", para usar el término técnico de los criadores. Externamente el pelaje parece oscuro, pero, al acariciarlo o al moverse el animal, se verá un contraste entre las puntas de los pelos y la base blanca.

Sobre un manto agutí o tabby, las zonas claras se volverán plateadas, produciendo los colores "silver tabby", "silver shaded" y "chinchilla".

Ya conoce usted a los genes de tipo "simple": **A**, **B**, **C**, **D** e **I**.

Existen, sin embargo otros genes especiales con características especiales: dependen del sexo, o tienen efecto sobre el pelaje y otras características del gato.

Como se comprenderá, el criador de gatos, consumado genetista, está obligado a conocer perfectamente también a estos genes especiales, en orden a prever y “diseñar” con precisión el pelaje de los gatitos que se dispone a conseguir.

Cuadro general de colores comunes

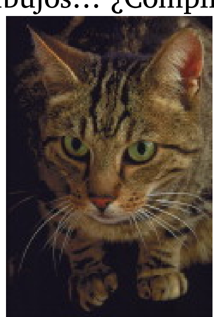
Padre	Madre	Hijos machos	Hijas hembras
Negro	Negro	Negro, azul	Negro, azul
	Azul	Negro, azul	Negro, azul
	Crema	Rojo, crema	Escama de tortuga, azul-crema
	Rojo	Rojo, crema	Escama de tortuga, azul-crema
	Escama de tortuga	Negro, azul Rojo, crema	Negro, azul, escama de tortuga Azul-crema
	Azul-crema	Negro, azul Rojo, crema	Negro, azul, escama de tortuga Azul-crema
Azul	Negro	Negro, azul	Negro, azul
	Azul	Azul	Azul
	Rojo	Rojo, crema	Escama de tortuga, azul-crema
	Crema	Crema	Azul-crema
	Escama de tortuga	Negro, azul Rojo, crema	Negro, azul, escama de tortuga, Azul-crema
	Azul-crema	Azul, crema	Azul, azul-crema
Rojo	Negro	Negro, azul	Escama de tortuga, azul-crema
	Azul	Negro, azul	Escama de tortuga, azul-crema
	Rojo	Rojo, crema	Rojo, crema
	Crema	Rojo, crema	
	Escama de tortuga	Negro, azul Rojo, crema	
		Negro, azul	

Azul-crema		Rojo, crema	Rojo, crema
			Rojo, crema, escama de tortuga, Azul-crema
			Rojo, crema, escama de tortuga, Azul-crema
Negro	Crema	Negro, azul	Escama de tortuga, azul-crema
Azul		Azul	Azul-crema
Rojo		Rojo, crema	Rojo, crema
Crema		Crema	Crema
Escama de tortuga		Negro, azul	Rojo, crema, escama de tortuga
		Rojo, crema	Azul-crema
Azul-crema		Azul, crema	Crema, azul-crema

Vamos a por ellos:

Los gatos atigrados o tabby son así porque llevan el gen del locus T (por “tabby”). “¿Cómo?”, gritará el lector, desalentado, “¿No acaba de decir que los tabby son tabby porque llevan el gen **A** del agutí?”.

Pero sí, lector… Sí. El gen **A** determina la **presencia** o **ausencia** de los dibujos tabby… El gen **T** determina la **naturaleza** de dichos dibujos… ¿Complicado? ¡Qué va…! Aún no ha leído nada…



Tabby clásico

Primera consideración: los genes del locus T no se manifiestan más que en los gatos que tienen ocupado el locus A por un gen **A**. Es decir: no pueden tener dibujos tabby o agutí más que los gatos tabby o agutí. Todos los gatos los tienen, pero se manifiestan sólo en la forma A+T. Los gatitos **aa** (homocigotas recesivos, es decir, “no

agutí") presentan a veces, de muy cachorros, las marcas que se llaman "fantasmas", débiles imágenes de dibujos tabby que desaparecen a medida que el animal crece.

El locus T puede llevar varios alelos. De dominante a más recesivo mencionaremos:

T(a) o gen abisinio. El manto está casi libre de estriaduras o dibujos tabby. Cuando los hay, están limitados a patas, gola y cola. Por algún motivo, a los egipcios los enamoró este gen, e hicieron sagrados a sus portadores, momificaron sus cuerpos y le dieron la cabeza de un gato **T(a)** a las imágenes de la diosa Bastet.

El que sigue en orden de dominancia es el gen **T** (tabby mackerel, el tan común atigrado o barcino). Es el tipo salvaje original: el *Felis lybica*, ancestro silvestre de nuestro gato doméstico, es un gato tabby atigrado con dibujos mackerel, o sea un gato **AT**. Las marcas mackerel son claras y sutiles, ininterrumpidas y siempre perpendiculares al eje del cuerpo.

T(b) es un alelo que produce un dibujo espectacular: se lo llama "blotched tabby" o tabby clásico, y consiste en tres rayas longitudinales y paralelas a lo largo de la columna vertebral, un dibujo en forma de mariposa en los hombros y unas circunvoluciones en los flancos.

Hay otro tipo de tabby, el "spotted tabby" o manchado. Aún no se sabe con certeza qué alelo lo determina, pero que un spotted es un tabby modificado por poligenes T (no se asuste, ya veremos lo que son los poligenes). Otros piensan que mi escala de dominancias de los alelos T está equivocada, y que **T(a)** no es dominante sobre todos los demás, sino que **T**, en los spotted, domina parcialmente a **T(a)**. El simpático tabby manchado sería, de demostrarse esto, entonces, un heterocigota **TT(a)**. Aún un tercer grupo de criadores (complicados, estos muchachos, ¿no cree?) dice que hay un gen independiente, que ni siquiera forma parte de la serie T, que es responsable exclusivo del patrón spotted. Puede ser…

Lo más probable, empero, es que el carácter de spotted varíe según las particulares condiciones de configuración genética de cada raza y, dentro de ella, de cada gatito individual, todo ello mezclado y modificado por la acción de los famosos "poligenes"…

Y vayamos a explicarlos…

Los poligenes son elementos no identificados que, aislados, tienen una acción mínima o aún nula sobre el pelaje de los gatos. Si embargo, en conjunto con otros genes, pueden modificar los resultados en gran medida.

Hay poligenes que ensanchan o angostan las rayas oscuras del gato, otros que aclaran u oscurecen los colores del fondo, y también los hay que aumentan o disminuyen el contraste entre el fondo y los dibujos de rayas: los poligenes son el control remoto que controla esa pantalla que es el pelaje del gato.



Expresión del poligen "ensanchador" de rayas

De esta manera, manipulando distintos poligenes, hemos llegado a crear gatos silver shaded y de manto de chinchilla a partir de silver tabbys comunes y silvestres (el del manto chinchilla se denomina poligen **ch**).

Particularmente sensibles a la acción de los poligenes son los gatos que llevan el gen naranja (enseguida nos ocuparemos en profundidad de él), ya que siempre los gatos rojos o naranja son tabbys o agutí (no existen los gatos rojos uniformes o naranjas lisos).

Los poligenes son muy importantes en algunas especies de objetivo industrial: en las vacas, cambiando la presencia o proporción de ciertos poligenes obtenemos más o menos leche, leche más o menos descremada y más o menos grasa.

En los gatos, cambiamos el color de sus ojos, longitud del cabello, tipo de manto… Un verdadero comando "a distancia" para obtener el "frankenstein" felino que nuestra fantasía y refinamiento nos dicte.

Los poligenes aclaradores u oscurecedores sirven para adecuar cada ejemplar al standard de su respectiva raza: en efecto, ciertas razas exigen negros azabaches, azules pasteles, delicados lilas, rojos llameantes, etc. Si deseamos un gato de color profundo, le pondremos la mayor cantidad de poligenes oscurecedores y casi ninguno aclarador. Si queremos un crema bien rosado, echaremos en nuestra "cacerola" genética muchos poligenes aclaradores y restringiremos los otros.

Los genes para el rojo (llamados "poligenes rufus") modifican la feomelanina de nuestro gato (el pigmento amarillo, ¿recuerda?).

Los persas rojos tienen un color ígneo, que se ha logrado a través de miles de generaciones de cría selectiva para exaltar los poligenes rufus. Muchas razas de gatos (persas, abisinios, variedades golden o tabby) requieren mucho rufus, mientras que en otras (gatos plateados, humo, etc.), obviamente se preferirá prescindir de ellos, ya que el rufus hace amarillenta la base del pelo (que tendría que ser plateada), con lo que, en vez de un silver tabby, tendríamos un silver "oxidado"…

Los poligenes rufus determinan también el grado de rojo en los ojos, por lo que se añaden en los genomas de los gatos que van a tener ojos marrones o dorados, dándoles ese llameante color rojizo-cobrizo, y se evitan o se suprimen en los gatos de ojos azules o verdes por motivos obvios de estética.

Finalmente, los poligenes de contraste permiten modificar la relación entre las manchas y el color de fondo.

Pero no termina aquí: manipulando distintos grupos de poligenes puedo conseguir más manchas o menos, más extendido un color que el otro, pelo más largo o más corto, nariz más aplastada o menos, o controlar cualquier característica que se nos ocurra… Alquimia genética, ingeniería fantasiosa que viene practicándose desde hace milenios.

Pero no nos hemos olvidado de la pequeña Pandora, mi bella gata tortuga. Vamos a explicar su existencia con los conocimientos reales de la genética actual: usted es ya casi un experto, y puede prescindir de las simplificaciones para principiantes…

Todas las gatas tortuga son consecuencia del gen naranja ("orange").

Los gatos tienen 36 cromosomas, organizados en 18 pares idénticos (autosomas) y un par sexual. El gen naranja se transporta por el cromosoma X.

En un gato, el X lleva, o bien un gen naranja (**XO**) o bien no naranja (**X**). ¿Es el naranja dominante o recesivo sobre el no naranja? El caso es bien distinto de los alelos **A**, **B**, **C**, **D**, **T** e **I** que ya conocemos. El naranja es especial, en el sentido que **no domina ni es dominado** por el no naranja. En otras palabras, no es dominante ni recesivo. Puede tapar los efectos de otros genes, ser tapado por ellos o bien coexistir con ambos, expresándose y permitiendo que los demás también se expresen.



OW: gatito con naranja y blanco muy bien expresados

En el gato macho, que tiene un solo cromosoma X, o está presente o no lo está, es decir que el macho es o rojo o de cualquier otro color no rojo.

Sin embargo, en la hembra, que tiene dos X (y aquí va llegando mi Pandora), el rojo puede coexistir con los demás colores.

¿Qué posibilidades hay en el caso de los machos?

Que el varoncito sea **XOY** (gato rojo, sin colores negros o derivados del negro) o **XY** (gato no rojo: blanco, negro o de cualquier otro color. No tendrá ni rastro de colores rojizos o naranjas).

Las hembras podrán, entonces, ser:

XOXO: naranja homocigota. Será una gata naranja, sin colores negros, negros diluidos o mutaciones para otros colores. Es cierto que la niña podrá tener un genoma que determine otros colores, pero el **XO** naranja lo tapará completamente e impedirá que se exprese.

XX: ningún gen naranja. La gata será del color que determinen el resto de los genes.

XOX: un solo X naranja. La dominancia será compartida: la gata (Pandora, por caso) tendrá pelos naranja en los lugares dominados por **XO** y pelos de cualquier otro color, dominados por otros genes, en donde domine **X**, que no impedirá que el negro, blanco, etc., se expresen.

XOX será una gata tortuga, como Pandora. Los pelos naranja y no naranja podrán estar muy mezclados, como en las gatas tortuga que sólo son rojo y negro, o repartidos en amplias manchas de color, algunas naranja y otras de otros colores, como suele suceder en la gatas tortuga con blanco (el caso de mi Pandora). La diferencia entre una gata muy mezclada y una gata muy manchada (con blanco) viene dado por diferentes hábitos migratorios de los melanocitos durante la vida embrionaria.

¿Cuáles son las interacciones del gen **XO** con los demás genes que

hemos visto? ¿Interactúan, en primer lugar?

La respuesta es: a veces…

Los alelos del locus A (agutí) no tienen efecto sobre el gen naranja **XO**. Todo lo contrario: el agutí tiene pelos a bandas naranja amarillento y negro, como hemos visto. Sabemos ahora que el **XO** transforma **toda** la eumelanina (negra) en feomelanina (naranja), de modo que si coexisten un **XO** con un **A** nos dará un gato rojo uniforme.

	AGOUTI (A–)			NON-AGOUTI (aa)		
	Ticked (T^a–)	Mackerel (T–)	Classic (t^bt^b)	Ticked (T^a–)	Mackerel (T–)	Classic (t^bt^b)
Black (B–D–)	Brown Ticked Tabby	Brown Mackerel Tabby	Brown Classic Tabby	Black Solid	Black Solid	Black Solid
Blue (B–dd)	Blue Ticked Tabby	Blue Mackerel Tabby	Blue Classic Tabby	Blue Solid	Blue Solid	Blue Solid
Chocolate (bb D–)	Chocolate Ticked Tabby	Chocolate Mackerel Tabby	Chocolate Classic Tabby	Chocolate Solid	Chocolate Solid	Chocolate Solid
Lilac (bbdd)	Lilac Ticked Tabby	Lilac Mackerel Tabby	Lilac Classic Tabby	Lilac Solid	Lilac Solid	Lilac Solid
Cinnamon (b^lb^lD–)	Cinnamon Ticked Tabby	Cinnamon Mackerel Tabby	Cinnamon Classic Tabby	Cinnamon Solid	Cinnamon Solid	Cinnamon Solid
Fawn (b^lb^ldd)	Fawn Ticked Tabby	Fawn Mackerel Tabby	Fawn Classic Tabby	Fawn Solid	Fawn Solid	Fawn Solid
Red (D–O(O))	Red Ticked Tabby	Red Mackerel Tabby	Red Classic Tabby	Same as agouti (A–) (Non-agouti is inoperative on orange pigment)		
Cream (ddO(O))	Cream Ticked Tabby	Cream Mackerel Tabby	Cream Classic Tabby			

Interacciones completas del agutí con los demás alelos (B, C, D , T y O)

Con respecto a los alelos del tabby (T), que normalmente sólo están presentes en los sujetos agutí, siempre se encuentran en los ejemplares rojos. **T** produce sobre **XO** variaciones en la intensidad del rojo, dando como resultado dibujos rojo intenso sobre fondo naranja más claro. Como el no agutí actúa sólo sobre los gatos no naranja, es difícil saber si un gato rojo hubiese sido agutí o no (es decir: si genéticamente lo es).

En el caso de las gatas tortuga, en cambio, el agutí o no agutí se

expresará en las partes no rojas: Pandora, por ejemplo, fuera de los parches rojos, tiene grandes sectores blancos y manchas gris oscuro. Esta últimas llevan atigraduras negras sobre el fondo grisáceo. Por tanto, podemos decir con certeza que Pandorita lleva genotipo **XOATW** (la **W** es el gen que produjo los sectores blancos, **A** y **T** le dieron el agutí con rayado tabby y **XO** sus parches rojos).

Con respecto a la interacción **XO-B**, podemos decir que **O** es completamente epistático de **B**. En palabras simples, el rojo oculta completamente al negro o marrón, y el gato no tiene ni rastros de ellos. Es por eso que no podemos saber qué alelo B tiene en su genotipo un gato rojo, es decir, si iba a ser negro, marrón o beige claro.

La serie C puede modificar parcialmente al gen rojo **O**: hay gatos totalmente rojos **OC**, pero también con rojos de patrón birmano **Oc(b)** que se llaman birmanos redpoint y siameses rojos (llamados colourpoint red) **Oc(s)**.

El alelo D es capaz de diluir el rojo como diluye al negro: los gatos **XOD** se llaman "crema".

Si el inhibidor I influye sobre **O**, el gato "naranja humo" resultante se denominará, equivalente al smoke, red smoke; el chinchilla será "red shell"; el del silver shaded será "shaded cameo" y así *ad astra et ad infinitum*... Todas estas variedades presentan versiones diluidas al color crema.

¿Y las partes blancas de las gatas tortuga?

El gen **W** (blanco) es modificado por los genes del locus S. Si está presente **S**, la tortuga tendrá manchas blancas (la "S" es de "spotted", manchado). Si no hay un **S**, la gata será **s** (sin manchas, tipo salvaje).

El estudio de los sectores blancos en los gatos, por sí solo, justificaría un artículo aún más extenso que éste, por lo que nos detendremos aquí por piedad hacia el sufrido lector.

Los colores posibles de gatas tortuga (y en esto tomaremos como parámetro el standard del persa, que se supone incluye todos los existentes) son:

> Tortuga: pelaje claro y oscuro (rojo y negro), en manchas distribuidas regularmente en todo el cuerpo y las extremidades. Si se trata de una persa, es deseable una mancha roja en el rostro. La nariz y las almohadillas de las patas son negras, rosa o a manchas rosas y negras. Los ojos serán naranja oscuro o cobre. Ésta es la variedad tortuga "clásica", diríamos.

Tortuga chocolate: variedad de la anterior, donde en lugar de rojo y negro la gata es roja y chocolate con negro.

Tortuga lila: otra variante del tortuga, en que el lila reemplaza al rojo y el crema al negro.

Tortuga azul crema: preciosa mezcla de azul (en lugar del negro) y crema pálido (dilución del rojo) en todo el cuerpo y los miembros. Las almohadillas serán azul, rosa, o a manchas de ambos colores. Los ojos, naranja oscuros o cobreados, como en la variedad clásica.



Carey con predominio del gen W (arlequín)

Tortuga con blanco, carey o calicó: El patrón tortuga carey, también llamado calicó, tiene los colores rojo y negro en grandes manchas, muy bien definidas y separadas del blanco, que se extienden sobre todo el cuerpo. El color no puede superar 2/3 de la superficie corporal ni ser menor de 1/2 (standard del persa): el resto del manto será blanco. Los colores son cálidos y brillantes, y es deseable una mancha blanca en forma de llama en el hocico. La nariz es rosa, negra o rosa y negra, al igual que las almohadillas, mientras que los ojos son naranja oscuro o cobrizos.

Tortuga azul y blanco: variedad del carey, donde el negro ha sido sustituido por el azul y el rojo por su dilución crema.

Tortuga chocolate y blanco: segunda variación posible del carey, donde las manchas negras han sido sustituidas por

manchas color chocolate con leche.



Una hembra carey

Tortuga lila y blanco: tercera variación carey, en la cual las manchas rojas son reemplazadas por lila y las negras por crema pálido. Ésta versión y las dos anteriores, si el gato es persa, deben respetar las proporciones ya enunciadas para el carey.

Tortuga arlequín y blanco: Es igual al tortuga carey, excepto en un aspecto. Las manchas rojas y negras, en lugar de ocupar entre 2/3 y 1/2 de la superficie corporal, cubren sólo entre 1/2 y 1/4 El arlequín es, pues, una tortuga carey donde predomina el blanco en lugar de los colores. He aquí a mi Pandora…

Tortuga arlequín azul y blanco: con azul en lugar de negro.

Tortuga arlequín chocolate y blanco: con chocolate con leche.

Tortuga arlequín lila y blanco: con lila en lugar del rojo.

Tortuga Van: Las gatas tortuga Van tienen dos manchas rojo y negro sobre la cara, separadas por una mancha negra. Toman su nombre de la raza turca Van, en la que esta configuración es muy común. Las gatas tortuga Van tienen un mancha negra o roja que ocupa desde la punta de la cola hasta la mitad de los cuartos traseros. Las manchas de color, si la gata es persa, no pueden contener pelos blancos so pena de penalización. Si tienen manchas irregulares, estas sólo pueden ser muy pequeñas (si su gata quiere competir) y nunca ser más de tres entre cuerpo y patas. El pecho y el vientre son de un blanco inmaculado. Es preferible que las orejas sean blancas con el interior rosado, aunque pueden ser de cualquier color.

Tortuga Van azul y blanco: igual que en el calicó y el arlequín.

Tortuga Van chocolate y blanco: Ídem.

Tortuga Van lila y blanco: Íd.

En los gatos de diseño, creados en criaderos por expertos criadores, es bastante fácil determinar la composición genética de cada pelaje, aún de los más complejos patrones tortuga.

En cambio, en los gatos callejeros, esto es muy difícil, si no

imposible. Es que en los animales vagabundos, los gatitos de una misma camada son, normalmente, hijos de distintos padres. El momento de la fecundación se desarrolla como una (¿cómo decirlo?) “orgía felina”, donde la hembra es montada sucesivamente por varios machos. Los gatitos, de este modo, tienen todos la misma madre, pero uno o varios pueden ser hijos de distintos padres, y comúnmente lo son.

“¡Yo he visto un gato tortuga que era macho!”, me ha dicho alguien una vez…

Hmmmm… puede ser. Puede ser…

Hay en los anales de los criadores, unos dos mil gatos machos de patrón tortuga. Sólo dos mil en toda la historia de la felinofilia.

Mas ¿cómo puede ser esto, si sabemos que para que se exprese el tortuga son necesarios dos cromosomas X, y el macho sólo tiene un X y una Y?

Lo que sucede es, que en casos muy raros, un gato macho puede tener lo que se denomina en lenguaje técnico “mosaicismo sexual”. En el ser humano se han descripto casos de hombres excepcionalmente afeminados que tenían, en vez del **XY** normal, una fórmula gonosómica de doble X (**XXY**) o aún triple **XXXY**. Del mismo modo, muchas mujeres muy masculinizadas portan mosaicos **XXYY**. Algunos asesinos sexuales, homicidas múltiples, o sátiros o violadores reincidentes y obsesos sexuales son víctimas de configuraciones **XYY**, **XYYY** o **XYYYY**. En lenguaje genético se los llama “supermachos”. También existen las “superhembras” **XXX** ó **XXXX**.

En los gatos, se han descripto configuraciones **XXX**, **XXYY** y **XXXY**. En el primer caso serán hembras, en los dos segundos, machos. Y si las X portan el gen **XO** en el locus naranja, es posible que se produzca el rarísimo caso de… ¡un gato macho tortuga!

Dada la anormal conformación de sus cromosomas sexuales, estos gatos no pueden producir espermatozoides normales y, por consiguiente, son estériles.

Sin embargo, si usted me dijera “yo he visto un gato macho, tortuga y fértil”, ahí sí que yo lo tildaría de mentiroso.

¿Puede existir ese gato? Sí. ¿Es probable que usted o yo veamos uno? No, definitivamente. Si bien ha habido machos tortuga reproductivos, en toda la Historia de la Humanidad se han dado sólo… ¡siete casos! El gato doméstico vive entre nosotros desde hace siete mil años, así que la frecuencia de aparición de gatos machos tortuga con capacidad de reproducirse es de uno por milenio. De la

crucifixión de Cristo hasta hoy han nacido sólo dos, y desde la victoria de Ramsés II en la batalla de Qadesh, sólo tres o cuatro. No espero ver ese extraño fenómeno en mi vida. Usted tampoco contenga la respiración esperando encontrar uno…

Yo, por mi parte, me conformo con observar la belleza y la alegría de Pandora, mi gata tortuga arlequín y blanco.

Recuerdos puntuales

Franco Arcadia

Las alarmas comenzaron a sonar con insistencia. Por los distintos altavoces, una voz metalizada señalaba en forma monocorde:

—¡Código DCV-342-MV! ¡Secuencia inicial masiva activada!

El mensaje se repetía constantemente, mientras una inmensa pantalla mostraba planos de distintas imágenes que reflejaban un avión comercial en vuelo.

Entretanto Cristian, luego de abrocharse el cinturón de seguridad, volvió a observar por la ventanilla, para ver si podía llevarse más recuerdos de su querida “Buenos Aires”.

Una sonrisa nostálgica se dibujo en su rostro, llamando la atención de la señora que ocupaba el asiento contiguo.

A Cristian le costaba admitir que llevaba menos de una hora de vuelo y ya extrañaba mucho la vida que dejaba al partir. Trató de conformarse imaginando cómo sería Madrid, pensando si le cambiaría el acento o adivinando si podría olvidar a Victoria alguna vez.

Unas pequeñas turbulencias provocaron que la azafata tuviera que limpiar el jugo derramado por los niños de los asientos delanteros, pero no lograron distraer a Cristian, quien todavía buscaba una explicación para la actitud que había tenido Victoria el día anterior.

Al mismo tiempo, la enorme pantalla que cubría una de las paredes de la sala vacía mostraba cómo el avión se aproximaba hacia un vasto frente de tormenta.

A medida que Cristian rememoraba una y otra vez la inmensa

desilusión con la que había regresado a su casa esa noche, con las flores en la mano y la carta que había preparado en el bolsillo de su pantalón, comenzaba a reprocharse si debería haberle dado otra oportunidad a Victoria o, tal vez, contestarle los llamados.

Pero, rápidamente, antes de que lo acechara el arrepentimiento, Cristian justificaba su decisión de viajar, basándose en que era el corazón de ella lo único capaz de anclarlo y de revivir en él sus esperanzas de no abandonar la lucha en su país.

La voz del capitán lo trajo de nuevo a la realidad, mientras las turbulencias comenzaban a modificar los gestos despreocupados de los pasajeros, despertando a los que dormitaban y haciendo cerrar diarios y libros con preocupación.

Instantes después, en algún otro lugar, la enorme pantalla reflejaba, ante la gran sala vacía, las escenas del avión cuyas alas envueltas en fuego comenzaban a desprenderse en la vertiginosa caída, mientras, en el interior de la aeronave cundían los gestos desesperados de los pasajeros que luchaban por alcanzar una máscara de oxígeno o tratar de aferrarse a sus asientos.

Cristian se esforzaba, en vano, por tratar de librarse del terror paralizante que petrificaba su cuerpo y que no le permitía ni siquiera intentar ayudar a la familia que ocupaba los asientos cercanos. Un fuerte impacto en un costado del avión le hizo girar bruscamente su cabeza hacia la izquierda, donde la señora mayor dejaba caer sus lágrimas grises sobre el rosario que aferraba entre sus dedos.

Apenas un instante después del desenlace fatal, a medida que los parlantes se acallaban, la pantalla se oscureció totalmente y las luces de la enorme sala comenzaron a decrecer su intensidad, mientras emergían del piso varias hileras de una especie de cabinas horizontales de frío acero, casi idénticas entre sí. Cada una de ellas estaba ocupada por el cuerpo de uno de los pasajeros y tripulantes del vuelo estrellado.

Los pequeños caracteres rojos de un cartel electrónico colocado en el frente de cada compartimiento indicaban los datos

completos de su ocupante.

En la cuarta cabina de la segunda hilera, bajo el cartel de “Cristian Rey (24/11/1972 – 15/07/1993)”, se encontraba su cuerpo desnudo, inmóvil, sin un solo rastro del accidente.

Pronto los altavoces emitieron una señal casi imperceptible, al tiempo que surgió una voz metalizada que mecánicamente aseguraba:

—Secuencia inicial masiva completada. Iniciando proyección individual específica.

Las luces de la sala se tornaron de tonos casi violáceos, mientras los cuerpos parecían manifestar un suave y breve temblor.

La mente de Cristian comenzó a correr el oscuro manto que la cubría, despertando, en su cuerpo inerte, la confusa capacidad de experimentar sensaciones.

Pese a que sus párpados, como el resto de su cuerpo, permanecían absolutamente inmóviles, Cristian se sentía como si se encontrara en un largo y estrecho túnel que, pese a envolverlo de oscuridad, lo empujaba a perseguir el punto de luz que adivinaba lejano.

Cristian trató por un instante de dominar su mente para forzarla a recordar quién era y en qué situación se encontraba, pero la sensación de paz que lo embargaba era tan intensa que pronto abandonaba su idea, totalmente relajado.

Simplemente, se dejó llevar por las imágenes que iba percibiendo y deslizó sus sentidos en forma lenta hacia donde se vislumbraba algo, más allá de ese sombrío corredor. A medida que su mente avanzaba y la claridad invadía la escena, su inquietud iba creciendo.

Pronto, al alcanzar y traspasar el final del túnel, la intensa luz produjo un agudo resplandor en su mente, y, sin que su cuerpo evidenciara movimiento alguno, sus sentidos se estremecieron.

Observó con enorme sorpresa la escena que mostraba, sobre un fondo blanco, a un pequeño niño que, de la mano de un hombre, hacía sus primeros intentos en un viejo triciclo.

Cristian percibió que la acción, paulatinamente, se fue completando con coches y calles que comenzaron a aparecer ante sus sentidos.

—¡Papá! —gritó Cristian, sin que sus labios o un solo músculo de su cuerpo se inmutase.

Asustado, se reconoció en ese pequeño y, como si sus recuerdos fueran un libro rescatado en un incendio, recibió fragmentos a los cuales trataba de encontrarle algún sentido.

En forma insistente esa escena, ahora plena de sonidos, le arrojaba contra sus sentidos palabras o frase sueltas, tales como "*Chacarita*", *"Plaza Los Andes"* o *"Avenida Lacroze"*, actuando, cada una de ellas, como disparadores de variadas emociones que Cristian percibía como suaves caricias.

Mientras tanto, en toda la sala, donde sólo se podía percibir un tenue zumbido de las luces que se reflejaban en los frentes de las cabinas, no existía el más mínimo movimiento o signo de actividad en ninguno de los cuerpos yacientes.

Solamente la voz metálica de los altavoces quebró el silencio, indicando:

—¡Fase de proyección individual iniciada! ¡Activando retroalimentación!

Otro fugaz relámpago sacudió la mente de Cristian, que divisó como se conformaba una escena que lo mostraba vestido con un pulóver y guardapolvo blanco, observando por la ventana de un departamento, tratando de entender el motivo por el cuál sus padres no participaban de los festejos que ocurrían en las calles.

Una lluvia de imágenes sacudía su mente, donde aparecían, como en un torbellino, muñecos de un "gauchito" vestido de celeste y blanco que portaba una pelota de fútbol verde oliva, mujeres con pañuelos escritos cubriendo sus cabezas, una copa recubierta en oro, pero rebosante de gusanos, hundiéndose en las aguas turbias del Río de la Plata, regando de amargo sabor los sentidos de Cristian, quién luchaba por ordenarle a su percepción que volviera a arrojar los dados de los recuerdos.

Intensos resplandores pasajeros encandilaron su mente,

arrastrando hacia ella escenas que lo mostraban contento, aplaudiendo frente a una torta de chocolate, sobre la que posaban nueve velitas que aguardaban su soplido, ante la expectativa de toda la familia. Cristian intentó adueñarse de la cámara que le brindaba estas imágenes para poder notar, en la mirada triste de su madre, la certeza de que ése finalmente sería el último cumpleaños antes de que su padre se marchara.

Por momentos, Cristian se tentaba de ordenarle a su mente que apagara esa vorágine de recuerdos que se veía forzado a revivir, pero el temor a que sus sentidos le obedecieran y lo arrojaran a un océano de oscuridad eterna le daba la fortaleza necesaria para volver a tirar del carretel de la memoria.

Entretanto, el cartel electrónico en el frente de cada cabina indicaba una fecha y hora que avanzaban a velocidades e intervalos irregulares.

Las voces de chicos entonando algo sobre un “manto de neblina” lo trasladaron a Cristian hasta su pupitre de cuarto grado, donde con irregular letra cursiva trataba de darle forma a la nota que incluiría dentro de un chocolate que nunca llegaría a alcanzar su destino austral. Cuando enfocó sus sentidos hacia el resto del aula, buscando algún rostro que le resultara conocido, se sorprendió al ver en el reflejo de una ventana la figura difusa de una anciana que no encajaba en absoluto con su recuerdo.

En el momento en que Cristian le buscaba alguna lógica a la llamativa aparición, el reloj digital que posaba sobre su cabina volvió a girar a máxima velocidad, aminorando su marcha a medida que la mente de Cristian lograba pincelar algún boceto.

Así, de pronto, se encontró en el interior de un cine con los que parecían ser sus compañeros de colegio, insultando, entre caramelos desparramados, el final previsible de la película, planteando, ante el

asombro de sus amigos, que alguna vez podrían ganar los malos de turnos, fueran indios, negros o rusos. Un acomodador bastante mayor, asentía silenciosamente con su linterna desde el refugio que le daba la oscuridad, llamando la atención de Cristian, quien trató de distinguirlo, sin éxito, pese a sus esforzados intentos.

El silencio del enorme recinto sólo era alterado, ocasionalmente, por el sonido que provenía de una maquinaria en forma de esfera giratoria, ubicada en el centro de la sala, que en su base poseía múltiples conexiones dirigidas a cada una de las cabinas a través de un cable transparente, por el que fluía una sustancia de colores cambiantes.

Por un instante, Cristian percibió cómo se iban apagando sus sentidos, pero, mientras pensaba que su próxima imagen sería la del retorno al oscuro túnel, se encontró a sí mismo en lo que le aparecía un viejo baño de su escuela secundaria municipal, donde el humo de aquel recordado primer cigarrillo se entreveró en sus pulmones, y atrajo al preceptor de turno.

En la enorme y gélida sala, por momentos la esfera parecía disminuir su velocidad, pero bastaba con que uno de los relojes de las múltiples cabinas se normalizara para que la maquinaria volviera a girar impetuosa.

Mientras tanto, el reloj de la cabina de Cristian emprendió nuevamente su avance, hasta arrojarlo en medio de una fila de gente que, con los clasificados laborales bajo el brazo, aguardaba una oportunidad de trabajo. Sus sentidos le brindaron la ocasión de observarse a sí mismo, afligido frente al pulcro aspecto de los demás aspirantes, dudando de aguardar la entrevista o marcharse a su casa. Complacido, Cristian, recordó que la pregunta casual de una chica que se presentó como Victoria le hizo permanecer en la fila.

Hubiera querido tener el poder de detener la acción en ese

momento y para la eternidad, conservar el brillo de su mirada grabada en sus sentidos. Pero su mente, poco generosa, también le mostró unos ancianos que desde lo lejos parecían dirigirse hacia él.

Cuando Cristian trataba de reconocerlos, un nuevo relámpago lo trasladó a la puerta del consulado donde, frustrado por la noticia del compromiso de Victoria con otro corazón y las escasas expectativas que presentaba la situación del país, intentó tramitar una nueva oportunidad en tierras lejanas.

Cristian pensó en las ironías del destino, ya que aquel día, luego de reunir pasaje y visa para partir rumbo a Madrid, recibió un llamado de Victoria que, enterada de su decisión, le pedía encontrarse con él antes de que viajara, porque había estado pensando en esos sentimientos tan lindos que él le había manifestado; aunque quería conversarlo personalmente.

Mientras el reloj del cartel electrónico avanzaba con lentitud hasta el mes de julio de 1993, reflejando los dígitos sobre el cuerpo inerte de Cristian, que yacía en el interior de la cabina, la escena lo llevó hasta la esquina de Juan B. Justo y San Martín, donde Cristian, aquella fría tarde de invierno, recordaba haber apretado su ilusión junto al ramo de flores, pensando en que si las cosas resultaban como él esperaba, le pediría a Victoria que lo acompañase a la aerolínea a cancelar definitivamente el pasaje.

Los minutos transcurrían en la confitería de la concurrida esquina. Cristian recordaba con tristeza que, por el insomnio producto de los nervios de la noche anterior, se había dormitado un instante mientras aguardaba en vano a Victoria y había dejado caer el ramo de flores al piso. Una mano se posó sobre su espalda, sobresaltándolo, apartándolo del guión de su memoria.

Al girar, comprobó con sorpresa que se trataba de una pareja de ancianos cuyos rostros creía haber visto anteriormente. Obligó a su mente a realizar un esfuerzo por recordar el porqué de esa sensación, percibiendo como respuesta una temblorosa y añeja voz con algún rastro de acento español, que le decía:

—Cristian, nos conoces de la repisa de tu madre, de las fotos con las que jugabas de pequeño…

—¡Abuelos, qué alegría de conocerlos! —exclamó Cristian, al tiempo que su mente percibía que los abrazaba.

—La verdad —dijo el abuelo, tratando de despegar la vista del suelo—, nosotros no esperábamos recibirte tan rápido, pero cuando nos enteramos lo que te ha sucedido, pues te empezamos a buscar por todos lados…

Cristian observó atentamente a su alrededor y comprobó con asombro que la escena que transcurría en esa esquina se había detenido, haciendo que transeúntes y automóviles se paralizaran.

—Pero, no entiendo una cosa, ¿qué hacen ustedes en mi recuerdo? —preguntó Cristian confundido—. ¿Por qué son los únicos de la familia que me vieron?

Ambos ancianos se miraron, como decidiendo quién iba a intentar encontrar las palabras justas para transmitirle a Cristian las respuestas que aguardaba. Hasta que la abuela le dijo:

—Es que nos puedes ver y escuchar porque estamos en el mismo estado que tú. Por eso los demás, los que todavía viven, no pueden salirse del guión de tus recuerdos ni tratar contigo.

Mientras Cristian trataba de asimilar lo que había percibido, el abuelo asentía en silencio, para luego agregar:

—Por ejemplo, Cristian, si tú quieres telefonear a alguien que todavía, digamos… eh, no ha venido por "estos pagos", cuando esa persona atienda el llamado, por más que le quieras decir algo con todas tus fuerzas, no va a poder escucharte en absoluto…

—¡Con razón, tantas veces sonaba el teléfono y no era nadie! —exclamó Cristian—. Pero, ¿cómo es la "vida" acá?

El cuerpo inmóvil de Cristian no experimentaba ninguna anormalidad, nada que lo hiciera desentonar de los cientos de hombres, mujeres y niños que ocupaban el resto de las cabinas. Pero el reloj de su cabina continuaba detenido.

El abuelo se adelantó un paso hacia Cristian y le comentó con calma:

—Mira, el tema es así: como habrás notado al llegar, te has desprendido completamente de tu cuerpo, que es el que aún se encuentra en el interior de la cabina de la sala, y tú, mediante tus recuerdos, estás accediendo mentalmente a situaciones o momentos que hayan sido importantes para ti. Y esos recuerdos son justamente los que te permiten estar percibiendo esto ahora, ya que —hizo una pausa para observar a la abuela— es para lo único que servimos

aquí…

La mente de Cristian se alteró al escuchar esa última frase:

—¿Qué quieren decir? —preguntó Cristian deseando estar equivocado—. ¿Qué cuando se terminen mis recuerdos no podré verlos más?

La esfera continuaba girando con ritmo irregular, recibiendo, de cada una de las cabinas cuyos carteles no se habían apagado, corrientes que variaban de tonalidad en cada ocasión.

La mirada de los ancianos se tornó aún más sombría, mientras la abuela agregaba:

—El problema está en que cada día que pasa allá, la gente le va prestando menos atención a la memoria, no la ejercita, enloquecida con las cosas efímeras, sepultando sus recuerdos. Va a acostumbrándose a olvidar, entonces aquí los nuevos cada vez duran menos …

—A veces —contó el abuelo con pena—, no los llegamos ni a encontrar a tiempo.

—¿Pero y ustedes? —preguntó Cristian extrañado—. ¿Por qué todavía están?

Una sonrisa iluminó el rostro de los abuelos, quienes aferraban sus manos con fuerza.

—Porque vinimos juntos, estamos unidos y siempre que la memoria nos empieza a abandonar la provocamos, nos buscamos alguna anécdota para recordar. Cuando alguno ve que todo se empieza a apagar, resistimos, Cristian —repitió el abuelo, con firmeza—. Mientras queramos estar juntos, resistimos, pero sabemos… que no nos queda demasiado tiempo…

La mente de Cristian no dudó un instante en responder:

—¡Yo voy a resistir con ustedes, entonces! —exclamó, para agregar:— ¡Ni pienso entregar mi memoria así nomás!

Ambos ancianos lo miraban con orgullo, comprobando que sus expectativas no habían sido en vano.

Pero pronto el cartel electrónico encima de la cabina donde yacía el cuerpo de Cristian, comenzó a titilar, al principio esporádicamente, aunque parecía que iba incrementando su frecuencia…

—¡Pero! ¿Qué pasa? —gritó Cristian con angustia a la imagen de los abuelos, que había parpadeado.

La abuela se adelantó con dificultad hasta Cristian, para susurrarle:

—Aquí los recreos tampoco duran mucho, querido, así que presta atención —hizo una breve pausa mientras Cristian esforzaba su mente, extremando su concentración para poder percibir la intermitente voz que continuaba—. A diferencia de donde tú vienes, los ancianos acá somos muy valorados, y si llegamos a cierta cuota de actividad —la imagen de los abuelos aumentó su intermitencia en la mente de Cristian— de generación de recuerdos, durante muchos años consecutivos… vamos acumulando, entre los dos, lo necesario para poder alterar por única vez, aunque sea mínimamente, algún suceso de allí…

Pronto, la frecuencia de pestañeo del cartel electrónico de su cabina comenzó a aumentar progresivamente …

Pese a que la imagen de los abuelos había comenzado a ser casi borrosa para la percepción de Cristian, sintió retazos de la voz de su abuelo que le decía:

—Y… queremos antes de alcanzar nuestro túnel final… usar todo lo que tenemos y —las palabras del abuelo, ya casi resultaban imperceptibles para la mente de Cristian— …todo lo que nos queda, para cambiar algo que…

La escena se fue extinguiendo de los sentidos de Cristian, a la vez que en otra de las infinitas salas dos de las cabinas conectadas a una esfera giratoria, comenzaban a apagar sus carteles…

Inmediatamente, Cristian percibió que recorría, a una velocidad increíble, el oscuro y extenso túnel que había envuelto de oscuridad y confusión a todos sus sentidos.

Mientras tanto, en la sala, su cartel electrónico comenzó a efectuar una veloz cuenta regresiva, a medida que la cabina se iba sumergiendo nuevamente en el piso, eliminando su conexión con la esfera.

—¡Che, galán! ¿Así cuidás las flores?

Los ojos de Cristian se abrieron, encandilados, al escuchar esa voz:

—¡Victoria…! ¿Qué pasó? —preguntó aturdido, sin saber cuánto tiempo llevaba en el bar.

—¡No sabés, loco, por poco no vengo! —le dijo Victoria sonriendo mientras se sacaba sus auriculares—. ¡Por un segundo casi pierdo el subte y recién escuché en la radio que el que venía atrás todavía está atascado entre dos estaciones!

Ante la atónita mirada de Cristian, que no sabía qué responder, Victoria acercó su rostro al de él mientras le susurraba sensualmente al oído:

—¿Vos me hubieras esperado, no?

El sueño de los dioses

Carlos Atanes



Todos conocemos la ecuación de Drake, repleta de términos indefinidos que van aclarándose a medida que aumenta nuestro conocimiento del cosmos. Drake propuso una forma de calcular la cantidad de mundos con vida inteligente en la galaxia, basándose en la cantidad de soles parecidos al nuestro, alrededor de cuántos de ellos podrían orbitar planetas como el nuestro, etc. La conclusión provisional es que deben haber unos cuantos miles de civilizaciones avanzadas repartidas por la Vía Láctea.

Por ahora el primer término de la ecuación es estimado, la *cantidad* de estrellas en la galaxia, que sería del orden de los doscientos mil millones. En estos momentos, la ciencia está investigando cuántas de ellas tienen planetas, del tipo que sea. Se han descubierto un centenar de gigantes gaseosos, y al fin los astrónomos han encontrado también, a 40 años luz de aquí —en la constelación de Cefeus—, un planeta sólido que podría albergar vida. Sin embargo, no deja de ser una posibilidad remota.

Con la ecuación de Drake en la mano, la cuestión definitiva es: si están ahí, ¿por qué no lo sabemos?. Las respuestas esgrimidas acostumbran a ser las siguientes: no hay vida fuera de la Tierra; o esa vida no ha alcanzado un estado de evolución suficiente; o si lo ha alcanzado se ha autodestruido; o si no lo ha hecho ha surgido demasiado lejos en el espacio o en el tiempo para que pueda interactuar con nosotros.

Pero no tiene porqué ser nada de eso. Nos gusta pensar que un

organismo evolucionado tenderá a vivir en sociedad, y que luego tecnificará esa sociedad, y que luego esa tecnificación le capacitará para dominar el arte de la comunicación mediante ondas electromagnéticas o la construcción de ingenios espaciales. Que el propio impulso inercial de la vida le dotará de curiosidad y de ansias de exploración y de conquista. Que la tenencia de algo parecido a un cerebro le incitará a hacerse preguntas del tipo: ¿estamos solos, hay alguien más, y dónde están?…

Una pequeña readaptación de las ecuaciones de Drake nos permitirá añadir un elemento más a su línea de razonamiento: *algunas* de las civilizaciones que sin duda *deben* existir en la galaxia, *podrían* sentir, en efecto, una cierta *curiosidad*, y cuenten con medios técnicos para intentar satisfacerla. Pero quizá sea éste un estado breve, fugaz, un punto de inflexión en el proceso evolutivo de una especie inteligente, que delimita una estrecha frontera entre una especie no tecnificada —incapaz de comunicarse con el exterior, por lo tanto— y una especie autista —desinteresada ya en esa comunicación—. Veamos por qué.

Como es bien sabido, las especies vivas se obstinan tozudamente en aumentar su nivel de complejidad. Podemos asumir, razonablemente, que esta tendencia es universal en lo que a la vida, tal como la entendemos, se refiere. De ahí que unas cuantas moléculas inorgánicas se organicen en una estructura más compleja, orgánica, luego en proteínas, luego en organismos unicelulares, después en pluricelulares, hasta llegar a organismos sumamente complejos —y supuestamente inteligentes, como el hombre—, que se organiza en organizaciones sociales progresivamente más complejas también. Un día, esa sociedad puede construir radiotelescopios y cohetes de propulsión líquida, deducir la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, y pretender crear inteligencia artificial, auto-reprogramarse genéticamente y reducir el planeta entero a una sola aldea intercomunicada. Todos estos avances técnicos acontecen en una minúscula porción del tiempo evolutivo global de la especie, porque a partir de cierto punto la interacción entre las mentes de cada vez más individuos aceleran el proceso exponencialmente.

Juntando retazos de aquí y de allá, estableciendo vínculos entre sociedades inicialmente aisladas —y satélites de telecomunicaciones mediante— hemos conseguido construir una infoesfera que envuelve el planeta como una atmósfera de bits. Muchos de nosotros nos sumergimos en ella cada día para consultar la previsión meteorológica, conocer las últimas noticias, ver una final de fútbol, abrir el correo electrónico, visitar páginas porno o chatear con

desconocidos. Los profetas de Ciberia ya anuncian el nacimiento de una *noosfera* global, esto es, una esfera mental, una especie de mente colectiva planetaria. Si esto sucede efectivamente, ya sea al estilo místico —un gran campo morfogenético que nos confraternice a todos sobre la corteza de Gaia— o técnico —siendo cada individuo una neurona conectada mediante las dendritas de Internet al resto de neuronas—, se habrá llegado a un grado de complejidad social tal, que pondrá muy entredicho el concepto, para entonces arcaico, de *civilización*. La superficie de la Tierra será, entonces, un planeta pensante.

Pues bien, de planetas pensantes ya nos ha hablado Stanislaw Lem, en sus novelas *Solaris*, o *El fracaso*. El primer ejemplo, sobradamente conocido por las adaptaciones cinematográficas de Tarkovsky y Soderberg, describe un mundo-océano mental. El segundo, más hermético, nos traslada a un lejano planeta habitado por una especie extraña, silenciosa, emparentada con las termitas. La humanidad la descubre y envía una nave tripulada a establecer contacto. Pero el contacto no se produce, porque la comunicación con una especie tan distinta es imposible. La misión es un fracaso. El pánico ante semejante desplante crece, y finalmente se decide destruir el planeta, arrasarlo con armas nucleares. Sólo *por si acaso*. Se trata de una *guerra preventiva* más.

Probablemente Lem no estuviera describiendo una noosfera artificial, una extrapolación plausible de nuestro propio futuro. Pero el ejemplo viene bien a modo de ilustración. La humanidad del siglo XXII —por poner una fecha— puede muy bien haberse convertido en una red solipsista de mentes interconectadas, para mayor gloria de una sola mente común y gigantesca. Quizá sea ése, y no otro, el fin de trayecto de nuestra andadura evolutiva.

Pero llegados a este punto, inmersos como estaremos en el cálido sueño de la realidad virtual, seguramente habremos perdido todo interés por lo que ocurra *fuera*. ¿Por qué preocuparse de la existencia de vecinos siderales cuando la realidad virtual noosférica podrá proveernos de vivencias y seres tan extraordinarios como queramos? Seremos un planeta mudo, y sordo, como los alienígenas de *El fracaso*. Nuestra realidad no será más la que envuelve nuestra piel, la que vemos con los ojos, sino la irrealidad de la imaginación y del sueño, donde seremos todopoderosos, a pesar de la eventual sordidez de nuestra existencia material. Acaso la galaxia esté poblada de mundos así, de *noosferas* durmientes, y sea ésta la razón del silencio cósmico: el sueño de los dioses.

El Gaucho de los Anillos (7)

Otis

Estaba tirao el Frodo
en el suelo y dolorido,
con el hombro malherido
por el filo de un puñal,
después de encorarlos mal
a los cinco aparecidos.

Ahí corrieron los demás
pa’ ayudarlo a levantarse.
“Quién lo manda a entreverarse”,
lo levantó en peso el Trancos.
“Qué digo, cuando uno es manco
lo mejor es no peliarse.”

Muy diligente el baquiano,
que algo tenía e’ dotor,
le puso yuyos de olor
sobre la lastimadura
pa’ que no haya embichadura
y se le juera el dolor.

Al pasar por una posta
se agenciaron un manchao
para llevarlo montao
lo que quedaba ‘el camino
y que llegara a destino
antes que juera finao.

Y ansina anduvieron días
por el monte y el desierto;
dormían a campo abierto
cuando la noche caía
y a la mañana seguían
con el Frodo medio muerto.

“Ya falta poco, amigazos”,
dijo un güen día el baquiano,
y señaló con la mano:
“En vadiando el río aquél

ya llegamo’ a Rivendel
tuitos felices y sanos.”

Pero no eran todas rosas
como el Trancos lo pintaba,
que esto no se terminaba
ansina e’ fácil nomás;
ahí oyeron que de atrás
unos cascos se acercaban.

Haciendo una nube e’ polvo
que quitaba la esperanza,
trayendo listas las lanzas
tuitos los encapuchaos
se venían preparaos
para hacer flor de matanza.

“¡La pucha!”, soltó el baquiano.
“¡Acá vienen los jinetes!
¡Corré, hij’una gran siete!”
y al potro de manchas blancas
le dio un guascazo en las ancas
que disparó como un cuete.

Y allá iba el Frodo escapando
en el lomo ‘el animal
de la caterva infernal
de los piones de Saurón,
que venían en malón
tratando de echarle el pial.

Iba a galope tendido
rebotando en el asiento,
pero sentía el aliento
de los Nueve y sus caballos
que corrían como rayo,
los ponchos volando al viento.

Con los malos por detrás
en tremendo griterío,
se tiró a cruzar el río
con el agua a las canillas
y salió por la otra orilla
temblando de miedo y frío.

“¡No amolen más!”, les gritó.
“¡Güelvansé pa’ la frontera!”
“¡Con tu cuero en la encimera!
¡Vení, no te hagás rogar!”
“¡Ni mamado que estuviera!”,
les retrucó sin dudar.

Pero no diba a ser fácil
disparar por la llanura,
porque la cabalgadura
del cansancio se quejaba
y los Nueve ya cruzaban
pa’ sacarle las achuras.

Ya venían por el medio
del riachuelo de agua quieta.
“¡Entregate ya, sotreta!
¡Degolvenos el anillo!”
venía gritando el caudillo,
casi llegando a la meta.

Pero ahí el río mesmo
le vino a salvar la vida:
se apareció una crecida
de las aguas redepente
y a la temible partida
se la llevó la corriente.

Las olas iban pasando
como si juera un arreo;
un imparable rodeo
de vacas blancas y azules
arrastraba a los nazgules,
que largaban cacareos.

El Frodo supo enseguida
que el torrente macanudo
venirse solo no pudo:
toda la pinta tenía
e’ ser una brujería
e’ parte e’ los orejudos.

Pero lo que hubiera sido
le había venido al pelo;
le dio las gracias al cielo

porque el pellejo salvó,
endijpué ya no aguantó
y se jue derecho al suelo.

(Fin del Primer Libro)





Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**